LIBRO dot.com

NARRACIONES POPULARES II

ANTONIO DE TRUEBA

LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

Índice

La yesca

La fuerza de voluntad

Pico de Oro

Un siglo en un minuto

El ruiseñor y el burro

Tragaldabas

El primer pecado

La yesca

- I -

Éste era un hombre casado, a quien llamaban Juan Lanas, porque era como Dios le había hecho y no como Dios quiere que nos hagamos nosotros mismos con ayuda del entendimiento que para ello nos ha dado.
Su mujer y él se llevaban muy bien; pero no por eso dejaban de tener de higos a brevas sus altercados por la falta de filosofía de Juan Lanas.
Uno de los altercados que solían tener era éste:
-¡Cuidado que son dichosas las señoras mujeres!
-Más dichosos son los señores hombres.
-¡No digas disparates, mujer!
-¡No los digas tú, marido!
-Pero, mujer, ¿quieres comparar la vida aperreada que nosotros pasamos trabajando como negros para mantener a la mujer y los hijos, con la vida que vosotras pasáis sin más trabajo ni quebraderos de cabeza que cuidar de la casa?
-Y qué, ¿es poco trabajo ese?
-¡Vaya un trabajo! Parir y criar tantos y cuantos chicos, y luego cuidar de ellos y del marido. ¡No hay duda que el trabajo es para reventar a nadie!
-Ya te quisiera yo ver en nuestro lugar, a ver si mudabas de parecer.
-Pues no mudaría.
-Pues te equivocas de medio a medio: una legua andada con los pies cansa más que veinte andadas con la imaginación.
-Será todo lo que tú quieras; pero lo que yo sé es.....
-¡Qué has de saber tú, si eres un Juan Lanas!

-¡Adiós, ya salió a relucir el pícaro mote!
-Los motes no los pone el que los usa.
-¡Otra te pego, Antón! ¿Pues quién los pone si no?
-El que los merece.
-¡No, si a las señoras mujeres las dejan hablar!.....
-¡No, si a los señores hombres los dejan hacer y decir disparates!.... Jesús, ¡y luego dicen que los hombres se casan! Mentira, mentira, que las que se casan son las mujeres.
El pobre Juan Lanas, no encontrando ya razones que oponer a las de su mujer, cedía a ésta el campo y se iba a ganar la vida.

- II -

Juan Lanas era jornalero; pero cuando no tenía dónde ganar el jornal, se dedicaba a lo que salía, porque, eso sí, él, aunque de pocos alcances, era vividor, y por arte o por parte, raro era el día que no se agenciaba para ir pasando él, la mujer y los chicos.
Un día, viendo que en Valpelado (que así se llamaba, con razón, su pueblo) no encontraba ocupación, se fue a Valboscoso, que distaba de allí cuatro leguas, a ver si encontraba jornal o cosa en que pudiera ganar uno, dos o medio.
Valboscoso era célebre en toda la comarca porque tenía grandes encinares que producían mucha y buena yesca, de que se surtía todo el país, que carecía de árboles, porque sus naturales, como los de muchas comarcas del interior de España, decían que los árboles no sirven más que para criar gorriones y los gorriones no sirven más que para comerse el trigo.
Yo tengo en mi casa un gorrión que oyendo decir esta barbaridad a un campesino que vino a preguntarme cómo se las compondría para que lloviera con más frecuencia en su pueblo, habló por permisión de Dios y le puso de vuelta y media.
-Hombre, le dijo, permita Vd. que me extrañe de verle a Vd. aquí.
-¿Por qué, hombre, digo pájaro?
-Porque no sé cómo Vd. y los que como usted piensan no han reventado ya de brutos. ¿Conque convienen Vds. en que es una gran cosa el arbolado para atraer la lluvia y la frescura sobre los campos, que sin ellas son como cuerpo vital sin sangre, y aborrecen el arbolado porque favorece la cría y propagación de los gorriones? Y ustedes, pedazos de alcornoque,
¿creen que los gorriones no servimos más que para comer trigo? La plaga principal de los campos son los insectos y sabandijas que devoran o inficionan cuanto en ellos brota, y ha de saber Vd. que el único remedio de esa plaga somos nosotros los pájaros, y muy especialmente nosotros los gorriones, que si gustamos del trigo, gustamos cien veces más de los insectos y sabandijas. Hombre, no sean Vds. zoquetes, y en vez de negarnos la hospitalidad, aborreciendo los árboles que pueden dárnosla, orlen de árboles sus heredades y cubran de arboledas sus colinas, inútiles para otra cosa, y así matarán Vds. dos pájaros de una pedrada (como dicen Vds. en su afán de matar pájaros hasta de boca), proporcionando a sus campos frescura y esterminadores de insectos y sabandijas.
¿Pues creerán Vds. que el campesino convencido con este discurso, aunque el orador era pájaro que cantaba en la mano? ¡Nada de eso! Con insultar al orador, diciéndole que tenía mucho pico, se quedó tan fresco y sigue no plantando árboles por miedo de gorriones.

- III -

Pero volvamos al pobre Juan Lanas, y le llamo pobre, porque, aunque recorrió todo Valboscoso buscando jornal de casa en casa, no encontró quien se le diera.

Volvíase ya, lleno de desconsuelo, a Valpelado, cuando a la salida del pueblo vio un almacén de yesca y le ocurrió comprar media arrobita de ella para revenderla en su pueblo, dos cuartos a éste, uno al otro, un ochavo al de más allá, a ver si se ganaba siquiera un par de pesetas.
Juan Lanas era desconfiadillo, por lo cual advirtió al yesquero que no le engañara en el peso, advertencia que le supo al yesquero a rejalgar de lo fino, y así que hizo la compra, echó la yesca en el morral y el morral a la espalda, y, hala, hala, continuó su camino hacia Valpelado.
Apenas echó a andar, le pareció que la yesca le pesaba muy poco y empezó a pensar si el yesquero, en lugar de echar en el peso la pesa de media arroba, habría echado la de cuartilla y por consiguiente le habría birlado la mitad del dinero que había dado por la yesca.
Con esta sospecha pasó un rato muy pícaro, y estuvo a punto de volver al pueblo a dar parte al alcalde de tan escandaloso robo; pero pensando que el ladronazo del yesquero podía negar el robo y además acusarle de calumnia, y en lugar de devolverle lo que le había robado, hacer que le plantaran en el cepo, desistió de aquella tentación y no le pesó de ello, pues cuando llegó al mojón de la primera legua, ya le parecía, a juzgar por el peso de la yesca, que lo más, lo más que habría hecho el yesquero era echar en el peso la pesa de cuartilla y media en lugar de la de media arroba, y por lo tanto, lo más, lo más que le había robado era media cuartilla, que no merecía la pena de andar en denuncias y pleitos que cuestan un sentido con lo sanguijuela y trapalona que es casi toda la gente de la curia.

- IV -

Cuando Juan Lanas llegó al mojón de las dos leguas, dio gracias a Dios por no haber incurrido en la ligereza de acusar de ladrón al yesquero, porque estaba ya plenamente convencido de que la yesca pesaba la media arroba que había pagado, y decía para sí:
-¡Vea Vd. qué pícara inclinación tenemos los hombres a pensar mal del prójimo! De suerte y manera que, si me dejo llevar del mal pensamiento que el enemigo me inspiró, calumnio al pobre yesquero, que será hombre honrado a carta cabal, y además de incurrir en la infamia de manchar la reputación de un hombre de bien, me expongo a que me soplen en el cepo por calumniador y malo... ¡Jesús, Jesús, bien dicen que el diablo tiene cara de conejo¡
Así pensando y así diciendo, el buen Juan Lanas continuó su camino, que por cierto nada tenía de agradable, porque hacía un sol que se asaban vivos los pájaros.
Cuando llegó al mojón de la tercera legua, le pesaba ya más que la yesca el remordimiento de haber pensado mal del yesquero, porque ya estaba segurísimo de que éste, lejos de haberle robado nada en el peso, se había equivocado dándole una cuartilla de más, o, lo que es lo mismo, echándole en el peso la pesa de tres cuartillas en lugar de la de media arroba.
-Pero, señor, decía sopesando con ambas manos el morral donde llevaba la yesca, ¿cómo pude yo pensar que esto no pesaba media arroba? Estoy seguro de que la pesa que echó en el peso fue la de tres cuartillas en lugar de la de media arroba. Vea Vd. cómo ni el más honrado y fiel de este pícaro mundo está libre de que alguno le calumnie dejándose llevar de un mal pensamiento.

- V -

Juan Lanas, cada vez más arrepentido de la ligereza con que había juzgado la probidad del yesquero, continuó hacia su pueblo, a cuya entrada estaba el mojón de la cuarta legua, donde descansó un poco y volvió a sopesar la yesca.
Esta operación aumentó sus remordimientos de haber pensado mal del honrado yesquero, porque le dio el íntimo convencimiento que había empezado a adquirir desde la tercera legua, de que la yesca pesaba aún más de tres cuartos de arroba.

-Pero, Dios mío, decía, ¿dónde demonios tendría yo el entendimiento cuando llegué hasta a pensar que la yesca no pesaba media arroba? Está visto que en este pícaro mundo hasta el que lleva los ojos más abiertos anda la mitad del camino a trompicones.
Su mujer le vio desde la ventana, donde estaba colgando un poco de ropa al sol, y como notase que llegaba fatigado, se apresuró a bajar a su encuentro y a pedirle el morral para que subiese con menos fatiga las escaleras.
-¿Qué traes aquí, hombre? le preguntó.
-Mujer, viendo que no encontraba dónde trabajar en Valboscoso, me dio la humorada de emplear los cuartos que llevaba en media arrobita de yesca para ver si gano uno, dos o medio vendiéndola aquí, dos cuartos a éste, uno al otro, un ochavo al de más allá.
-Y has hecho perfectamente.
-Pero tengo que volver a Valboscoso.
-¿Y a qué santo has de volver tú allá?
A hacer una restitución al pobre yesquero, que se ha equivocado, echando en el peso la pesa de arroba en lugar de la de media.
-¿Y qué has hecho de la media arroba que te dio demás?
-Mujer, ¡qué había de hacer! nada; ahí viene.
-¡Qué ha de venir aquí, hombre! Esto ni siquiera pesa media arroba.
-¡Ya! como tú estás descansada, te parece que pesa menos.
-¡Ya! como tú estás cansado, te parece que pesa, más.
Estas últimas palabras fueron un rayo de luz para la oscura inteligencia de Juan Lanas, que guardó silencio, y apresurándose a pesar la yesca en la tiendecilla inmediata, se encontró con que pesaba media arroba justa.
-¿Lo ves, hombre de Dios, lo ves? le dijo su mujer. Eh, no sé para qué te dio Dios el entendimiento si no has de conocer con ayuda de él lo que mil veces te he dicho.
-¿Y qué es lo que me has dicho tú?
-Que cansa más una legua andada con los pies, que veinte andadas con la imaginación.
Juan Lanas calló, queriendo entrever en lo que le había sucedido la resolución de dos problemas importantes, cuales eran el de la gravitación de los cuerpos y el de la teoría y la práctica; ¿pero la entrevió? Ca, eso se queda para inteligencias más claras que la suya y la mía.

FIN DE LA YESCA.

La fuerza de voluntad

- I -

Una vez conversaba yo con un carranzano más listo que un demontre (pues los hay que ven crecer la yerba), y como la conversación recayese sobre lo que puede la imaginación en nuestros actos, el carranzano me contó lo siguiente, que no eché en saco roto, como no echo nada de lo que me pueda servir para estudiar el modo de sentir, pensar y proceder del pueblo a quien tengo mucha afición, aunque no tanta que me parezca un santo ni mucho menos, porque su señoría (y perdone si le niego el su majestad, pues creo que mienten bellacamente los que le llaman soberano) suele descolgarse con cada animalada que le parte a uno de medio a medio.

- II -

Era hacia los años de 1836 a 1838 en que la guerra civil entre isabelinos y carlistas hacía de las suyas a más y mejor, tanto que cuando las recordamos los que no tenemos nada de belicosos ni de pícaros, no podemos menos decir a los belicosos, pícaros o inocentes que se entusiasman con ella: ¡Ay, pedazos de bestias!

Los beligerantes ordinarios en la conjunción de los valles de Carranza y Soba, eran: en Carranza un destacamento de aduaneros carlistas mandados por un carranzano conocido por Josepin el de Aldacueva, y en Soba los urbanos o paisanos armados isabelinos de los lugares confinantes con Carranza, mandados por un sobano conocido con el apodo de Geringa.

Josepin era un mocetón corpulento, de buen humor y diestro en la estrategia guerrillera; y Geringa un delgaducho como un alambre, a cuya circunstancia debía el apodo de Geringa, preocupado y caviloso como él solo, tanto que su mujer temía no se le pusiese alguna vez en la cabeza que estaba en peligro de muerte, porque entonces ni todos los veterinarios del mundo le salvaban. Josepin y Geringa se conocían desde antes que empezara la guerra, y por cierto que merece contarse en capítulo aparte cómo se conocieron.

- III -

La romería de Nuestra señora del Buen Suceso que se celebra en la parte oriental de Carranza es concurridísima de gentes, así de los valles de las Encartaciones de Vizcaya como de los de la Montaña, a cuyo número pertenece en primer lugar el de Soba.

Entre los concurrentes a la romería estaban Josepin el de Aldacueva y Geringa el de Soba. La gente iba formando un gran corro, en el que se hallaba Geringa admirando a un charlatán que pretendía tener un perrillo tan sabio que si su amo le decía: Chuchumeco, a ver cuál es el único carranzano que puede asesinar aunque sea a Cristo padre sin que la justicia se meta con él, iba a plantarse de manitas en las piernas del médico del valle; y si le añadía: Chuchumeco, dinos quién es el más tonto de todos los que nos están mirando, iba derecho como una bala a un pobre diablo que acababa de casarse por tercera vez después de haber pasado la pena negra con sus dos primeras mujeres.

Viendo Josepin los aspavientos de admiración que hacía Geringa, al presenciar aquellas habilidades, le dijo:

-Qué, ¿te admiras de lo que ese hombre hace con el su perrillo?

-¡Pues no me he de admirar, hombre!

-Los que tenemos fuerza de voluntad hacemos eso y mucho más por debajo de la pata.

-Sí, como no hagas tú.....

-Lo que yo hago es, no hacer que me obedezca un perro, que es el animal más listo, sino hacer que me obedezca un burro, que es el animal más torpe. Los que tenemos fuerza de voluntad, lo conseguimos todo con ella.

-¿Y tú la tienes?

-¿Que si la tengo? Lo vas a ver.

-¿Y cómo?

-Haciendo una cosa más difícil que lo que hace ese hombre con el su perrillo. El perro puede obedecer a una seña imperceptible para el público, que le haga el amo; pero lo que yo voy a hacer no admite trampa; es todo pura fuerza de voluntad. Le voy a decir a ese burro, de modo que lo oiga la romería entera, que se haga el muerto, y verás como al punto me obedece, porque la mi fuerza de voluntad es irresistible.

Geringa, como todos los que escuchaban a Josepin, se echó a reír en son de dada, pero Josepin se dirigió al burro del charlatán, que pacía bajo los robles, tapóle con una mano una oreja, y acercando los labios a la otra, de modo que la voz se recogiera en la oreja del animal, gritó:
-¡¡¡Hazte el muerto!!!
El burro cayó al suelo como herido de un rayo al sonar este tremendo grito, y quedó como muerto.
Toda la gente, y Geringa más que nadie, lanzó otro grito de asombro.
El hombre del perro se enteró de lo que pasaba y empezó a echar ternos viendo a su burro inmóvil, creyendo que Josepin se le había muerto.
-No se asuste Vd., buen hombre, le dijo Josepin, que el burro estará muy pronto con tanto conocimiento como Vd., pues aunque con la mi fuerza de voluntad le hubiera matado yo de veras, con la mi fuerza de voluntad le resucitaría, y si no ahora verán Vds. lo que la mi fuerza de voluntad puede.
Josepin permaneció un momento con la vista fija en el burro, al que al cabo dijo:
-¡Ea, levántate y echa a correr para que se vea que estás vivo!
El burro empezó a moverse, se levantó y echó a correr dando coces y respingos por la arboleda.
Inútil fue que al volver Geringa a Soba no faltase entre las gentes a quienes contaba, lleno aún de asombro, la prodigiosa fuerza de voluntad de Josepin el de Aldacueva, quien le arguyese que tal fuerza de voluntad era una quimera, pues la caída del burro era por efecto del aturdimiento que le había causado el grito dado en su oído. Geringa siguió creyendo a pies juntillas que la fuerza de voluntad de Josepin obraba prodigios.

- IV -

Como he dicho, Josepin era jefe de los aduaneros carlistas y Geringa uno de los jefes de los urbanos isabelinos. Josepin tenía como prenda de uniforme una chaquetilla con vivos, boca-mangas y cuello encarnados. Un día estaba en mangas de camisa a la puerta de su alojamiento en Sangrices esperando que la patrona, sentada a la misma puerta, acabase de coserle ciertos desperfectos de la chaquetilla, que empezaba ya a hablar por los codos, pidiendo la enviasen al cuartel de inválidos.
-Estáis hechos unos arlotes, dijo la patrona, y más comparados con los urbanos de Soba, que se han hecho un uniforme muy majo, y particularmente Geringa, que se ha echado una levita que parece la de un general.
-¿Sí? contestó Josepin un poco picado de aquellas palabras. Verá Vd. qué pronto luzco yo la levita de Geringa.
-¡Qué habéis de lucir vosotros, si no tenéis más que boca! replicó la patrona.
-Le digo a Vd., exclamó Josepin con tono cada vez más picado y resuelto, que he de lucir la levita de Geringa mañana mismo.
Al día siguiente, Josepin con sus subordinados se dirigió hacia Soba antes de amanecer y se emboscó en unos matorrales próximos al camino para esperar a los urbanos, que solían salir hasta allí a fin de ahuyentar a los aduaneros carlistas.
Poco después aparecieron unos cuantos urbanos mandados por Geringa, lanzáronse sobre ellos los carlistas e hicieron prisionero a Geringa, que se quedó como alelado cuando vio a Josepin, y que, en efecto, vestía la levita de uniforme últimamente estrenada.
Geringa era preocupado, pero no cobarde. Avergonzado y arrepentido del amilanamiento a que debía el haber caído prisionero, increpó a Josepin diciéndole que era un cobarde lazo el que le había tendido.
-Desengáñate, Geringa, le contestó Josepin con mucha calma, aquí no

ha habido lazo ni cosa que lo valga: lo que ha habido es la mi fuerza de voluntad que es irresistible. Geringa no supo qué contestar a esto, porque creía que, en efecto, la fuerza de voluntad de Josepin tenía gran poder.
Lo primero que hizo Josepin fue mandarle que se quitara la levita mientras él se quitaba la chaqueta, que se proponía relevar definitivamente del servicio en aquel momento.
Obedeció Geringa a regañadiente, y Josepin, lleno de alegría, fue a ponerse la levita. A fuerza de fuerzas lo consiguió; pero le estaba tan estrecha, que quedó con ella como envarado, hasta que la levita pegó un estallido por espalda y hombros, abriéndose como si fuera de papel.
Quitósela Josepin, y de rabia, viendo que no podía lucir prenda tan codiciada, la hizo jirones y volvió a ponerse la achacosa chaqueta.
Pocos días después hubo canje de prisioneros, y Geringa fue de los que recobraron la libertad.
-Oye, Geringa, le dijo Josepin, si te vuelves a hacer levita, te encargo que la hagas más ancha, pues te he de volver a coger, y si tu levita no me sirve, te pego cien palos.
-¡Sí, no te untes! le contestó Geringa riéndose del encargo y la baladronada.
La patrona consabida, que estaba presente y oyó esto, le dijo:
-No lo tomes a broma, Geringa, que en poniéndosele a este Josepin una cosa en la cabeza, se sale con la suya. La víspera del día que te cogió dijo que te cogería y te quitaría la levita, y ya ves cómo lo cumplió.
-Con la mi fuerza de voluntad lo cumplo yo todo, añadió Josepin.
Y Geringa calló, y tomó el camino de Soba muy pensativo.

- V -

-Pero señor, se decía Geringa, ¿no es una tontería que un hombre como yo crea que otro hombre, sólo con la fuerza de su voluntad, pueda hacer lo que le dé la gana? Pero la verdad es que Josepin lo hace, y eso no me lo ha contado nadie, que lo vi yo en el Suceso por mis propios ojos.
En estas cavilaciones pasó algunos días, y como se decidiese a hacerse nueva levita y no quisiese dar su brazo a torcer al sastre, encargó a éste que se la hiciese bien anchita para poderse poner ropa debajo así que viniese el frío, que en Soba viene temprano y se va tarde, según lo canos que yo veía casi siempre desde mis templadas Encartaciones los montes sobanos.
Apenas Geringa se había puesto media docena de veces la segunda levita, cuando Josepin penetró hacia Cisterna y Lamedal, pueblos de Soba fronterizos; atacó a los urbanos mandados por Geringa, y volvió a hacer a éste prisionero.
Geringa se indignaba de sí mismo, pues a pesar de su valor (que era mucho, como el de sus subordinados) se había quedado también esta vez como acobardado al ver a Josepin, y como espantado, convenía consigo mismo en que la fuerza de voluntad de Josepin tenía gran poder sobre él.
A primera vista conoció Josepin que la segunda levita de Geringa era más holgada que la primera, y se apresuró a ponérsela, con tanto más gusto, cuanto que su chaqueta se reía por todas partes del que la llevaba.
La levita le entró con más facilidad que la otra; pero aun así lo estaba tan apretada, que amenazaba estallar y le molestaba mucho. En vista de esto, Josepin se la quitó muy quemado, se la dio a su segundo, que era bastante más delgado que él, y dijo a Geringa:
-Geringa, has cumplido a medias el mi encargo, y a medias voy yo a cumplir la mi promesa.
Dicho esto, hizo que dieran a Geringa cincuenta palos, en lugar de los cien prometidos.
Poco después hubo nuevo canje de prisioneros, y también fue incluido en él Geringa.
-Geringa, le dijo Josepin, dentro de poco caerás por tercera vez en mis manos, porque la mi fuerza de voluntad te hará caer. Si te haces la tercera levita, háztela de modo que me esté

justa, porque si no me lo está, te fusilo sin remisión. Entiéndelo bien, para que luego no alegues ignorancia: la levita ha de estar como hecha para mí.
Geringa le contestó con la risa del conejo:
-Sí, te enviaré el sastre para que te tome las medidas.
-Pues te tendría mucha cuenta, porque ya sabes que yo cumplo lo que ofrezco, y que la mi fuerza de voluntad es irresistible.
Esto era en Sangrices, y la patrona de Josepin, que estaba presente y tenía buena voluntad a Geringa, aconsejó a éste que no tomara a broma las palabras de Josepin, pues éste, por fuerza tenía pacto con el diablo.

- VI -

Geringa se volvió a Soba más preocupado que nunca, y tratando de hacerse la tercera levita, cosa indispensable, pues era la prenda principal de uniforme de la oficialidad de los urbanos del valle, sus cavilaciones subían de punto.
De cavilación en cavilación, empezó por reconocer que, en efecto, la fuerza de voluntad de Josepin era irresistible, y concluyó por convenir también en que le iba la vida en que la tercera levita le estuviese justa a Josepin.
-Consiento, se dijo, en morir fusilado, antes que pasar por la vergüenza de enviar el sastre a que le tome las medidas; pero quizá haya algún medio de evitar esta vergüenza, sin esponerme a que la levita no le esté justa.
Geringa encontró, en efecto, el medio que buscaba, y que consistió en pedir secretamente a la patrona de Sangrices la medida del cuerpo de Josepin, que la patrona tomó mientras Josepin estaba durmiendo.
Por tercera vez hizo Josepin prisionero a Geringa. La tercera levita que éste vestía le estaba a su dueño como un saco, y a primera vista conoció Josepin que, al fin, aquella vez podría presentarse a la patrona, sin que ésta le calificase de arlote.
Apresuróse a despojar a Geringa de la levita, con tanto más motivo, cuanto que su chaqueta se caía ya a pedazos, y con indecible alegría vio, al ponérsela, que le estaba como pintada.
Entonces, lleno de gozo, abrazó a Geringa, le puso en libertad sin canje ni rescate alguno, y no contento con esto, llevó su generosidad hasta el estremo de regalarle su chaqueta para que no volviese a Soba en mangas de camisa.

- VII -

Esto es lo que me contó el carranzano para probarme lo que puede la imaginación, esto es lo que los carranzanos cuentan en ferias y romerías para hacer rabiar a los sobanos, y esto es lo que los sobanos no pueden oír con paciencia, por lo cual, cada vez que en tales ocasiones se cuenta, se arma una de palos y bofetadas de cuello vuelto que desde la pela de Aja a la cumbre de Colisa, se oye el ¡ay, que me han roto el bautismo!

FIN DE LA FUERZA DE VOLUNTAD.

Pico de Oro

- I -

Trabajillo nos costará, ahora que estamos en invierno, trasladarnos, aunque sólo sea con la imaginación, a la ciudad de Burgos, dejando la benigna temperatura de las marismas de

Vizcaya, donde fructifican el naranjo y el limonero, porque la temperatura de Burgos es tan fría, que allí, cuando el termómetro de Reaumur baja al grado de congelación,
exclaman las gentes. «¡Qué, si tenemos una temperatura primaveral!» Pero ello, no hay remedio, hemos de trasladarnos allá, si hemos de oír al famoso Pico de Oro, que va a predicar en la nunca bastante ponderada catedral de Burgos.
¿No saben Vds. quién es Pico de Oro? Pues él muy nombrado es, porque en las iglesias siempre está uno oyendo exclamar a las mujeres: «¡Jesús, qué pico de oro!»
No sé si habrá más picos de oro que uno; pero el de mi narración era un fraile dominico tan célebre en toda Castilla por su elocuencia en el púlpito, que en cuanto se anunciaba que iba a predicar en cualquiera parte, no quedaba pueblo alguno entre las cordilleras carpetana y pirenaico-cantábrica de donde no fuera gente a oírle.

- II -

La buena, la religiosa, la caballeresca, la hidalga, la histórica, la monumental ciudad de Burgos estaba alborotada con la noticia de que el famoso Pico de Oro iba a predicar en su santa iglesia catedral, y con tal motivo por toda Castilla la Vieja acudían las gentes como en romería a la ilustre caput Castellæ, aunque, como de costumbre, hacía en Burgos un frío que ya, ya.
¡Para qué quería Burgos capitanía general, ni audiencia, ni presidio, ni instituto, ni seminario, ni escuela normal, ni demonios colorados, si el famoso Pico de Oro fijase allí su residencia y echase aunque no fuese más que un sermoncito cada semana!
Pero dejémonos de digresiones y vamos al asunto. El asunto era que había llegado el gran día, el día en que el famoso Pico de Oro hiciese resonar su elocuentísima voz en la catedral de Burgos.
Veinte catedrales como aquélla, y eso que no es floja, no hubieran bastado para dar cabida a la muchedumbre que se agolpaba a las puertas del templo codeándose, estrujándose, apabullándose, despachurrándose por entrar a oír al famoso Pico de Oro.
La catedral estaba ya tan llena, que al Papamoscas le temblaban las piernas cada vez que salía a machacar en la campana, temiendo que la catedral pegase un estallido.
Por fin el señor arzobispo se arrellanó en el sillón pontifical colocado en el presbiterio, y un ¡ahhh! de satisfacción se escapó de todos los gaznates al ver aparecer en el púlpito al famoso Pico de Oro.

- III -

Como no es cosa de que yo vaya a encajar aquí entero el sermón del famoso Pico de Oro, me contentaré con dar a conocer su resumen, que los afrancesados llamarían análisis.
Después de anunciar en el exordio que se proponía con la ayuda de Dios encarecer las penas del infierno, para lo cual imploraba la gracia del Altísimo, el predicador entró en materia, y fue diciendo lo que en resumidas cuentas vamos a ver:
«Amados oyentes míos. los tormentos del infierno son tales que sólo
pueden concebir alguna idea de ellos los hombres de bien que se meten en pleitos; los pobres pundonorosos que se casan con ricas necias; los alcaldes de los pueblos divididos por las pícaras elecciones; los que en España viven del cultivo de las letras y las bellas artes; los que están gobernados por gentes que han pasado la vida conspirando para coger la sartén del mango, y finalmente, los españoles.»

El auditorio, que todo él era español, se estremeció de espanto al oír esto, y el orador continuó:
«Ya veis, amados oyentes míos, que en Burgos hace un frío de doscientos mil demonios. Pues el frío que aquí hace es tortas y pan pintado comparado con el que hace en el infierno.»
El señor arzobispo dio un respingo en su asiento, y el auditorio lanzó un grito de horror al oír que en el infierno hacia aún más frío que en Burgos.
«¿Veis, continuó el orador, los carámbanos de hielo que cuelgan de los canalones de esta santa catedral? Pues en el infierno hasta en las alcobas hay colgaduras como esas.»
El señor arzobispo echaba al orador unas miradas que parecía querer tragársele vivo, y el público alzaba los ojos al cielo pidiendo al Señor misericordia.
«Sí, amados oyentes míos, continuó el famoso Pico de Oro, hacéis bien en pedir al Señor que os libre de los tormentos del infierno, porque en el infierno es tan horroroso el frío, que hasta cuando se asan los pájaros hay que llevar una fundita en las narices, porque si no se le hielan a uno.»
Al señor arzobispo un color se le iba y otro se le venía, y el público lloraba de terror y arrepentimiento, dándose en el pecho cada puñetazo que se le hundía.
El famoso Pico de Oro continuaba:
«Para que no creáis que exagero al encarecer los tormentos del infierno, os diré que allí, hasta cuando a uno le sirven hirviendo el chocolate, para tomarle hay que romper con los nudillos de los dedos el hielo que le cubre.»
El señor arzobispo echó mano a la mitra para tirársela a la cabeza al predicador; pero conteniéndose y no pudiendo aguantar más en su sillón, se levantó y se fue a la sacristía a tomar un vaso de agua con azucarillo, porque parecía que le iba a dar algo.
En cuanto al auditorio, estaba tan arrepentido de sus pecados, que los confesaba a gritos y pedía a Dios que le librase de las penas del infierno.

- IV -

El famoso Pico de Oro bajó del púlpito altamente satisfecho del saludable efecto de su oratoria, y al dirigirse a la sacristía hubiera reventado de orgullo a no ser tan modesto, porque todo el mundo exclamaba:
-¡Jesús, Jesús, qué pico de oro!
En la sacristía encontró al señor arzobispo hecho un veneno de santa indignación.
-Amigo, exclamó su ilustrísima al verle, me ha dado Vd. un rato de padre y muy señor mío.
-¿Por qué, ilustrísimo señor? le preguntó Pico de Oro con mucha calma, tomando un polvo con permiso de su ilustrísima.
-¡Alabo la pregunta, como hay Dios! exclamó el señor arzobispo indignado. ¿Conque se pone usted a decir que en el infierno hace frío, cuando precisamente sucede todo lo contrario?
-¿Y por eso está incomodado vuestra ilustrísima?
-No, que estaré bailando de contento.
-¿No ha visto vuestra ilustrísima el efecto que mi sermón ha hecho?
-Y tres más que lo he visto; pero por eso mismo me duele y hasta me indigna el que habiéndole dado Dios tan asombrosas facultades oratorias, no saque de ellas el partido que debiera sacar. ¡Cuidado que me ha hecho gracia la ocurrencia de decir que hace frío en el infierno!
-Entendámonos, ilustrísimo señor. ¿Qué me propuse yo al dirigir la palabra al público burgalés?
-Lo que Vd. anunció en el exordio de su sermón: inspirar horror al pecado, que Dios castiga con el infierno, encareciendo los tormentos que en el infierno sufre el pecador.

-¡Ajá! Estamos conformes. Ahora dígame vuestra ilustrísima: ¿qué es lo que sobra en Burgos?
-Frío.
-¿Y qué es lo que en Burgos falta?
-Calor.
-Perfectamente. Pues siendo así, dígase a los burgaleses que en el infierno abunda el calor que en Burgos falta, y todos querrán ir al infierno; pero dígaseles que en el infierno abunda el frío que en Burgos sobra, y no querrá ir al infierno ninguno.
Al oír esto el señor arzobispo, alargó la mano al famoso Pico de Oro, y exclamó sacando a su vez la caja del polvo y tomando uno de los morrocotudos:
-¡Dios de Dios, lo que saben estos padres dominicos! ¡Parece que han estudiado con los padres jesuitas!

FIN DE PICO DE ORO.

Un siglo en un minuto

- I -

Esta narración necesita prólogo propio. En cambio, no le necesitan ajeno tantos y tantos libros como ahora salen con prólogo ajeno, a pesar de estar vivos y sanos, gracias a Dios, sus autores, y ser éstos muy listos y muy guapos para no necesitar que el vecino se encargue de decir al público lo que nadie mejor que ellos sabe.
En el de este libro he citado la opinión de cierto caballero particular que asegura son una misma cosa la mentira y la poesía, y no quiero poner término a estas narraciones sin hacer un esfuerzo para averiguar lo que haya de cierto en la susodicha opinión. El procedimiento de que me voy a valer es muy sencillo, pues consiste en contar algo que sea mentira, y luego ver si hay o no poesía en ello.
Tengo por mentira lo que voy a contar; pero también tengo mis temorcillos de que no lo sea, porque, además de ser personas muy verídicas y bien informadas unas buenas aldeanas de Güeñes, que me lo contaron una noche de Difuntos, mientras ellas hilaban y nosotros los hombres fumábamos a la orilla del fuego, he leído algo que corrobora su aserto en un libro que, si mal no recuerdo, se llama Leyendas de Flandes, escrito por un tal Berthout, o cosa así, y cuando una noticia anda de Vizcaya a Flandes, algo debe tener de cierta.
Moreto ha dicho que la poesía y la filosofía son una misma cosa, y si resultase que la poesía y la mentira también lo son, ¡buena, buena va a quedar la filosofía, tras lo mal parada que ha quedado en manos de los krausistas!

- II -

Allá hacia mediados del siglo XIV, eran célebres en Vizcaya dos caballeros, llamados, el uno, D. Juan de Abendaño, y el otro, Fortun de Mariaca, este último más conocido con el sobrenombre de Ozpina, que equivale a Vinagre.
D. Juan de Abendaño, a quien el historiador Lope García de Salazar, su paisano y casi contemporáneo, llama « ome endiablado,» por su travesura y audacia, y pinta como terror de los maridos, era el D. Juan Tenorio de aquella época y aquella comarca. La doncella más pura y tímida se escapaba tras él a la torre de Unzueta en cuanto don Juan le cantaba una trova o rompía, en su honor una lanza bajo su ventana, y la casada más honesta y altiva necesitaba guardas, si D. Juan rondaba una vez su torre solariega, de buen testigo doña Elvira, la mujer

de Pero de Lezama, de la que dice el citado Salazar que «era lo que era mucho hermosa y lozana sobre todas las de su tiempo, y su marido la tenía siempre guardada en la su torre con criados suyos, por revelo de D. Juan de Abendaño.»
En cuanto a Fortun de Mariaca, hijo bastardo de Fortun Sáez de Salcedo, señor de Ayala, Salazar le califica de «ome perverso.» Ya de mancebo, tenía genio endemoniado, por lo cual dieron en llamarle Ozpina, y este mal genio se había ido agravando de tal modo con los años, que había llegado a ser insufrible en el tiempo a que me refiero, en que Fortun era viejo.
Por aquel tiempo estaban en toda su crudeza las guerras de bandería entre oñecinos y gamboinos, y en toda la región cantábrica desde el Bidasoa al Deba asturo-montañés y desde el océano al Ebro o más arriba, caballeros y labradores apenas tenían más ocupación que la de romperse el bautismo «sobre quién valía más,» como dice el buen Lope García de
Salazar, que debía saberlo, pues desde la edad de diez y seis años hasta la de setenta en que se dedicó a historiar lo que de aquellas guerras y otras cosas sabía, que por cierto no era poco, había sido uno de los más poderosos y afamados banderizos.

- III -

Ochanda de Anuncibay era a la edad de diez y seis años la doncella más hermosa, delicada y pura de peñas abajo. Los que habéis bajado a Bilbao por las amenas márgenes del Nervión, que es aquel riachuelo que atravesásteis en la vega de Orduña y luego iba creciendo, creciendo a vuestro lado hasta que la mar salió a su encuentro siete leguas más abajo
y le escondió en su resalado seno, ¿no recordáis haber visto a la derecha de Areta, casi en la confluencia del Arnáuri (que baja del valle de Orozco) con el Nervión, una torre solariega que tiene al lado una ferrería, un molino y una ermita? Pues aquella es la torre de Anuncibay,
sólo que no es la misma que cobijó la niñez de Ochanda. Aquella torre con pretensiones de palacio es relativamente moderna y se edificó en el solar de otra muy vieja, muy fuerte y muy sombría, que era la que cobijó la niñez de Ochanda.
Al cumplir los diez y seis años Ochanda de Anuncibay lo más que se había alejado del solar paterno era para ir, velada la faz y acompañada de su madre doña Estíbaliz, una dueña y un criado viejo, a oír misa en la iglesia monasterial de San Pedro de Lamuza (que es la de Llodio), a la que la piadosa doña Estíbaliz tenía mucha devoción por haberla consagrado, al comenzar el siglo XI, el obispo de Calahorra D. Pedro Nazar, usurpador según unos, y heredero legítimo según otros, de la santa sede episcopal de Armentia.
Su madre era un tipo femenil que existía aún en todo su vigor al terminar la Edad Media; pero que desde entonces se ha ido desvaneciendo hasta el punto de no quedar siquiera sombra de él en nuestro tiempo.
Compartía su vida entre la fe y la casa; pero la compartía con tal severidad, que hoy su amor nos parecería poco aceptable a Dios y a la familia. Casi nunca pronunciaban sus labios una palabra dura; pero casi nunca aparecía en ellos una sonrisa. Su marido era a la par su amado compañero y su respetado señor, de modo que nunca le nombraba sin darle este último nombre.
-Pedid a Dios que tenga en su guarda a mi marido y señor Sancho Martínez de Anuncibay, decía siempre al socorrer por su propia mano al pobre que llegaba a su puerta implorando su caridad, que era inagotable. Sancho estaba casi siempre ausente del hogar porque las guerras de bandería en que constantemente andaba metido, no le permitían otra cosa.
Para el cuidado de su casa y hacienda, bastábale su mujer, porque doña Estíbaliz era señora para todo. Ella administraba la ferrería y el molino solariegos, y ella se entendía con sus colonos de Vizcaya y de Álava, donde los señores de Anuncibay poseían las pingües

haciendas de Arbulo, cerca de la insigne iglesia juradera de Santa María de Estíbaliz, de donde eran originarios.

Muchas veces regresaba Sancho a su casa, acompañado de apuestos donceles y caballeros, que antes de despedirse de él, se solazaban con alardes de guerra y caballería en el nocedal frontero a la torre donde también solía lucir sus sandias gracias un bobo bufón muy célebre entonces en el país con el apodo de Ganorabaco, que aún se da a todo sandio y hazme-reír.

-Señora madre, decía Ochanda a doña Estíbaliz bajando tímidamente los ojos y encendiéndosele del rubor el rostro, ¿permitís que me asome a la ventana?

-Asomaos, hija mía, le contestaba doña Estíbaliz con blandura, pero sin rebajar con escesiva familiaridad su dignidad de madre; asomaos, pero con la honestidad que cumple a doncellas como vos. En vuestro estado son lícitos tales solaces; tanto más, cuanto tendréis que despediros para siempre de ellos cuando paséis a otro, porque entonces sólo viviréis para servir y amar a Dios y a vuestro marido y señor.

Ochanda sentía palpitar de misterioso júbilo su corazón al dirigir tímidamente la vista a aquellos gentiles mancebos que justaban bajo su ventanas quizá sin más objeto que el de agradar a la hermosa doncella, y no sé qué sueños de felicidad casi celeste venían a arrullarla cuando veía a los justadores alejarse Arnáuri arriba o Nervión abajo tornando amorosamente los ojos hacia ella.

Una tarde sonaron bocinas hacia la ribera del Nervión y todos los moradores de la torre de Anuncibay se apresuraron a salir alborozados a ventanas y almenas, porque aquella señal lo era de que tornaba el amado echecojauna (señor de solar) que hacía mucho tiempo andaba por las merindades de Castilla ayudando a sus aliados los Salazares en las guerras que éstos traían con los Velascos. Doña Esitíbaliz y Ochanda, de pechos a las ventanas gemelas que daban sobre la puerta ojiva de la torre, tenían fija la ansiosa vista en la revuelta que hacía el camino, para seguir

Nervión arriba, donde ahora está la estación del ferro-carril. (¡Oh Dios, cuánta prosa hay en verdades como ésta!)

Al fin un centenar de caballeros aparecieron en aquella revuelta, y en vez de seguir la margen del Nervión, tomaron la izquierda del Arnáuri.

Madre e hija levantaron la vista al cielo en faz de infinita gratitud al distinguir a la cabeza de aquellos caballeros al buen Sancho Martínez, por cuya vuelta tan largo tiempo habían suspirado. Al lado de Sancho venía otro caballero sobre manera apuesto, a quien en vano pugnaban por reconocer, porque traía la visera calada. Levantóla aquel caballero al

acercarse a la torre, y dirigió la vista a la ventana, y entonces doña Estíbaliz, después de pronunciar involuntariamente su nombre, que Ochanda no oyó, dijo a ésta con singular mezcla de severidad y benevolencia:

-Retiraos a vuestra cámara, hija mía.

Ochanda obedeció a su madre, retirándose a su cámara, humilde, mas pesarosa.

Los caballeros, que venían sumamente fatigados de la jornada, se despidieron de Sancho en el nocedal, rehusando cortésmente el ofrecimiento de algún descanso en su hogar que el de Anuncibay les hacía, y continuaron la vía de Orozco mientras doña Estíbaliz salía al encuentro de su marido y señor que la recibió amorosamente en sus brazos y se apresuró a preguntarle por Ochanda.

-Buena y humilde como siempre la hallaréis en su cámara, a donde la ha mandado retirar viendo que con vos venía D. Juan de Abendaño, le contestó doña Estíbaliz.

-Habéis hecho bien en eso, dijo Sancho, porque el de Abendaño, según lo que he visto en las merindades, parece tener encantos diabólicos para trastornar el seso a doncellas y casadas, y a nuestra amada Ochanda le traigo yo destino digno de su virtud, hermosura y nobleza.

Doña Estíbaliz se estremeció como de espanto al oír estas últimas palabras; pero no se atrevió a pedir esplicación de ellas a su marido, que tampoco curó de dársela.

- IV -

Era el día que siguió al del regreso de Sancho Martínez de Anuncibay a su noble solar. Ochanda, que había sido amorosamente acogida por su padre, había tenido sueños muy singulares la noche anterior, y llamo singulares a estos sueños, porque habían alternado en ellos las imágenes de la dicha con las de la desventura. Aquel gentil caballero, a quien con tanto disgusto había reconocido su madre, se le aparecía rodeado de encantos inefables, y a esta visión, que le daba a conocer en la tierra algo de las delicias que se había imaginado en el cielo, sucedía otra horrible, pero tan vaga, que consistía en una masa de negras sombras entre las cuales aparecía confusamente, repugnante y descompuesto por la ira, el rostro de un anciano que no tenía ni asomo de la benevolencia que comúnmente acompaña a la ancianidad.
Sancho entró en la cámara de Ochanda, donde a la sazón se hallaba doña Estíbaliz, y después de saludar a ambas con afabilidad, reclamó su atención, pues tenía algo grave que comunicarles, y anunció a madre e hija que el buen caballero Fortun de Mariaca le había pedido la mano de Ochanda y él se la había concedido, creyéndose muy honrado y ganancioso en ello, puesto que Fortun era caballero muy noble, y como deudo de los condes de Ayala, tenía muchos valedores, y lo sería poderosísimo de la casa de Anuncibay.
Doña Estíbaliz y su hija oyeron con espanto mal disimulado esta nueva, pero Sancho no se apercibió de ello o fingió no apercibirse, y les preguntó si les placía su resolución.
-Ya sabéis, le contestó doña Estíbaliz con humildad, que apruebo y acato siempre como debo vuestras resoluciones, que son las de mi esposo y señor, y en cuanto a nuestra amada hija, su voluntad es en todo la nuestra.
Como testimonio extraordinario de lo complacido que quedaba de su mujer y de su hija, Sancho abrazó amorosamente a esta y se retiró de la cámara. Ochanda, sintiéndose morir de desconsuelo y desencanto, guardaba silencio con la hermosa frente inclinada, y procuraba en vano contener las lágrimas que se escapaban de sus ojos. Doña Estíbaliz la contempló un momento, desgarrado su corazón de madre, porque adivinaba todo lo que pasaba en el de la doncella, y abrió instintivamente los brazos para estrechar en ellos a su hija y consolarla en su seno y consolarse a sí propia, ungiendo la rubia cabeza de la niña con sus lágrimas; pero reponiéndose de repente de aquella debilidad por medio de un esfuerzo supremo de su voluntad, tornó a aquella mezcla de severidad de juez y de benevolencia de madre con que trataba siempre a su hija y procuró convencer a ésta de que su propia dicha y su deber filial la obligaban a acatar la voluntad de su padre, uniéndose al caballero a quien éste la destinaba y amándole y sirviéndole como a esposo y señor, pues así había procedido ella con sus padres y procedía con su marido.
Algunas semanas después, Ochanda de Anuncibay era esposa de Fortun de Mariaca.

- V -

La torre de Mariaca era sombría y triste como ninguna, a lo que contribuían los espesos robledales que la cercaban y su lejanía de toda otra habitación humana. Con esta tristeza armonizaba la de sus moradores.
Fortun estaba casi siempre ausente de su hogar, porque lleno de rencores y enemistades, no tanto porque esto fuese muy común en los caballeros de su tiempo como por efecto de su carácter naturalmente díscolo, continuamente andaba en querellas y guerras, ya por cuenta propia o ya como aliado de tales o cuales banderías. Y casi era esto una felicidad muy grande

para la desventurada Ochanda; cuando Fortun estaba en su casa, allí estaba con él la guerra, y de esta guerra Ochanda era la principal víctima, porque
Fortun parecía complacerse en martirizar a su mujer con infundados celos y con esquiveces y torturas de todo linaje.
-¡Ah! ¡Cuán distinta era la vida de Ochanda de aquella que había soñado en el hogar paterno, y cuán diferente el hombre con quien se veía unida de aquel que había entrevisto en sus sueños de felicidad casi celeste!
Ni aún tenía criados fieles y compasivos a quienes confiar aquella parte de su dolor que el decoro de esposa y señora le hubiera permitido confiarles; su marido la tenía rodeada de venales y desalmados espías que parecían complacerse en su dolor.
La oración y las labores propias de su sexo y estado, distraían un tanto sus penas; pero esto no bastaba para llenar una vida tan desolada y triste como la suya a la edad de diez y siete años en que el alma necesita horizontes sonrosados e infinitos por donde espaciarse.
Pugnando por abarcar estos horizontes a través de los negros y espesos muros de la torre de Mariaca y de las sombrías arboledas que rodeaban la torre, estaba Ochanda una tarde al morir el día asomada a la estrecha ventana de su cámara.
La lengua euskara, que aún es la vulgar en aquella comarca, se presta admirablemente a la poesía y a la expresión de los afectos tiernos y apasionados. Con decir esto y con añadir que en aquel tiempo todavía no habían decaído en España los trovadores que vagaban de castillo en castillo y de torre en torre señorial cantando la hermosura, el amor y la caballería, no como miserables y despreciados mendigos, sino con la consideración de caballeros y nobles hijos del arte que casi todos merecían, por su nacimiento o su ingenio, y no les negaban las damas y los señores a cuya puerta llamaban con la dulce y noble voz de la poesía; con decir aquello y aladir esto, se comprenderá que en la caballeresca y solariega tierra vascongada abundaban los trovadores en el siglo XIV a que me refiero. Y no eran todos trovadores venales y vagabundos sin más escudo que su laúd ni más hogar que el de las damas y caballeros a cuya puerta llamaban con la dulce y noble voz de la poesía, como lo eran muchos de los cultivadores de la gaya ciencia cuyo cultivo llegó a equipararse en lo honroso con las hazañas guerreras más insignes, como lo prueba el mote heráldico de un caballero navarro que, presumiendo descender de los invencibles héroes de Cantabria y de los dulces trovadores de Provenza, escribió en su escudo:
Cántabros y trovadores
fueron mis progenitores.

En el septentrión de España, en Vizcaya misma, hubo caballeros insignes que si manejaron bien la lanza, no manejaron peor el laúd y la dulce y antiquísima lengua de aquellas montañas. Aún subsiste en el Duranguesado la torre de Pero Ruíz de Muncharaz cuyas trovas y cuya gentileza, según cuentan las tradiciones, pudieron tanto en las espléndidas fiestas que en su corte de Tudela daba el rey Sabio de Navarra, que Urraca, la hermosa hija del monarca navarro, se prendó de él y, arrostrando el enojo de su padre, se unió secreta mente con el elegido de su corazón y fue a sepultarse contenta y feliz en la soledad de Muncharaz, donde vivió amando a Dios, a su marido y a sus hijos hasta que descansó en paz y bendecida al fin de su padre, bajo las cercanas bóvedas de San Torcaz de Abadiano.
Escondíase ya el sol tras las cumbres de las Encartaciones, y el misterio del crepúsculo empezaba a llenar de inesplicable encanto collados y arboledas.
En la sombra de los jigantescos y copudos robles que crecían al pie de la torre resonaron los preludios de un dulce laúd, a los que siguió una canción tan sentidamente pensada y entonada, que Ochanda quedó al escucharla en inefable arrobamiento. Aquella canción ha atravesado los

siglos hasta llegar a nosotros, privilegio que Dios concede a la poesía cuando lleva impreso el sello del genio. Temoroso de destruir este sello, no la traslado a la lengua castellana, y seguro de que sólo le entenderían las gentes de la tierra donde se sabe de memoria, me abstengo de reproducir el texto original. Lo único que haré es decir que en ella parecía arder un volcán de amor y brillar un cielo de delicias. Con decir esto y pensar que Ochanda se consideraba muerta para el amor y sus delicias, se comprenderá con cuánta emoción entrevía aquel volcán y aquel cielo.

El misterioso, dulce y apasionado canto se renovó muchas veces apenas las sombras de la noche impedían ver al cantor a través del ramaje desde las ventanas de la torre.

Ochanda no veía con los ojos materiales al cantor; pero le veía con los ojos del alma. ¿Qué forma material le daba? Le daba la de aquel gentil caballero que desde la ventana de su cámara de Anuncibay había visto alejarse Arnáuri arriba tornando amorosamente la vista hacia ella.

Ochanda no sabía que aquel caballero fuese don Juan de Abendaño, y quizá de saberlo no hubiese idealizado en él al cantor del robledal de Mariaca, porque hasta habían llegado a su oído de casada y aun de doncella los desafueros amorosos de Abendaño.

A la banda opuesta de la torre, apenas doscientos pasos de distancia de ésta, también entre seculares árboles, existía una ermita, cuyas ruinas se descubren aún, consagrada a la Virgen María. Ochanda bajaba muchas tardes a orar en aquella ermita, y generalmente bajaba sola, porque la proximidad de la torre hacía innecesaria la compañía y porque quería estar sola para poder llorar y suplicar sin que la oyera nadie más que la madre de los afligidos.

Una tarde, al declinar el sol, bajó a la ermita, proponiéndose tornar, como siempre, antes que anocheciese.

Nunca como entonces necesitaba su corazón confiar sus penas a alguien, porque sus penas eran entonces mayores que nunca. La comparación del mundo real y positivo en que vivía con la de aquel otro mundo de amor y dicha casi celeste que todas las noches mostraba a sus ojos el cantor del bosque, era para ella el mayor de los martirios.

Oró y lloró largo rato a los pies de la Virgen María, y como el día espirase, se levantó para tornar a su triste morada. Al atravesar el cancel no pudo reprimir un grito de sorpresa y no sé si también de espanto encontrando en el pórtico a aquel mismo caballero a quien vio alzar la visera delante de la torre de Anuncibay y luego alejarse Arnáuri arriba tornando amorosamente la vista hacia ella. Sólo que entonces aquel caballero no cabalgaba en brioso potro ni empuñaba pesada lanza: estaba apoyado en uno de los pilares del pórtico y tenía en la mano un laúd.

- VI -

Iba cerrando la noche, y Ochanda pugnaba por alejarse de D. Juan de Abendaño, que había empleado inútilmente todas las infernales artes de su ingenio para seducir a las mujeres fingiendo toda la ternura y todo el amor que ha podido soñar una mujer en un hombre.

-Dadme siquiera una lejana esperanza de amor, exclamaba Abendaño, en el colmo de la desesperación, arrodillado a los pies de Ochanda y sin consentir en soltar el manto de la desventurada dama, que había asido para retener a ésta a su lado.

-Pues bien, le contestó Ochanda como loca de espanto y quizá de amor, porque era imposible que mujer tan apasionada y aislada en el mundo como ella, no le sintiese oyendo y viendo a aquel hombre; dejadme tornar a mi hogar y yo os haré en cambio la promesa que me pedís.

-Hacédmela, y partid, contestó Abendaño soltando el manto y alzándose.

-Mientras viva Fortun de Mariaca, mi marido y señor, ni aun el amor de una hermana debéis esperar de mí; pero Fortun es anciano y yo joven. Si yo le sobrevivo y os habéis hecho digno

de mi amor, entonces le obtendréis, tan honrado y puro como Fortun le tendrá mientras viva.....
Ochanda se interrumpió sintiendo pasos en la arboleda.
-¡Huid, huid! añadió a Abendaño, y tomó el camino de la torre, mientras Abendaño se alejaba por la parte opuesta.
Pocos pasos había dado Ochanda, cuando se encontró con uno de sus servidores, que le dijo iba en su busca, temeroso, como sus compañeros, de que la tardanza de su vuelta fuese efecto de algún grave accidente.
Dos días después de este suceso, Fortun, que andaba con los de su parcialidad hacia la margen izquierda del Ebro, regresaba a su torre de Mariaca. La noche de su llegada dijo a Ochanda que quería celebrar su regreso cenando alegre y amorosamente con ella. Aunque esta era honra a que su marido no la tenía acostumbrada, Ochanda sintió al anunciársela
Fortun un terror inesplicable, porque la faz y las palabras del anciano caballero tenían un no sé qué pavorosamente siniestro, aunque Fortun pugnaba por disimularlo.
Al terminar la cena, Fortun hizo traer un licor que decía guardar por esquisito para banquetes tan gratos como aquél, y escanciando por su propia mano una copa de él, se la ofreció a Ochanda, que la llevó a sus labios sin atreverse a desconfiar de su marido.....
El día siguiente se cubrió con un velo negro en señal de luto el escudo de armas de la torre de Mariaca porque la hermosa y noble esposa de Fortun, Ochanda de Anuncibay, había aparecido muerta en su lecho, aquella mañana, por efecto, según declaración de los maestros del arte de curar, del esceso de alegría que había esperimentado con el regreso de su amado esposo y señor después de larga y penosa ausencia.

- VII -

Así que espiró Ochanda, envenenada por su marido, que, fiando en informes de las gentes mercenarias que tenía a su lado para espiarla, creía haber sido vendido y deshonrado por ella, un ángel condujo a las puertas del cielo el alma de la esposa mártir y sin mancilla.
Conforme el ángel y Ochanda atravesaban las regiones etéreas, el primero notó con estrañeza que la segunda estaba triste y se alejaba de la tierra como pesarosa.
-Todos los que van al cielo, le dijo, van radiantes de alegría. ¿Por qué tú te entristeces más cuanto más te alejas de la tierra?
-¡Porque en la tierra dejo a un hombre a quien no espero ver nunca!
-¿Le amabas?
-Sí, y esperaba que mi amor y mis consejos le apartasen de la senda de perdición eterna por donde camina. Falto de uno y otros con mi ausencia de la tierra, ¡ya no tiene quien le aparte de la senda del mal y ya ni en el cielo ni en la tierra podremos unirnos!
Tal desconsuelo mostró Ochanda al enunciar esta última idea, que el ángel se contristó y llenó de compasión al oírla.
-¿Quisieras volver a la tierra? preguntó a Ochanda.
-Sí, aunque fuese por cortos instantes, porque esos me bastarían para apartar del camina del infierno al que seguirá el del cielo cuando sepa que en el cielo me ha de hallar.
-Yo intercederé con el Señor para que te lo conceda.
Ochanda se regocijó con esta promesa del ángel, que era para ella dulcísima esperanza.
Cuando el ángel y Ochanda llegaron a la presencia del Señor, el ángel cumplió su promesa.
-Fuiste buena hija y buena esposa, dijo el Señor a Ochanda, y es mucha mi misericordia para con los que como tú han orado y llorado mucho.
Si tal es tu deseo, torna a la tierra; pero ha de ser con una condición precisa, cual es la de que por cada minuto que permanezcas en la tierra, has de padecer un siglo en el purgatorio.

Librodot

-Señor, acepto esa condición, contestó Ochanda.
-Pues torna a la tierra acompañada del guía con que te alejaste de ella, dijo el Señor.
Y Ochanda, acompañada del ángel, volvió a cruzar las regiones etéreas, tornando a la tierra.
Mediaba la noche cuando a la luz de la luna distinguió allá abajo, como en un profundo abismo, los valles nativos en los que resaltaba la torre de Unzueta que señoreaba el valle de Orozco asentada sobre una eminencia.
Brillaba la luz en una de sus angostas ventanas, por la que penetraron invisibles e impalpables Ochanda y el ángel.
Aquella ventana correspondía a la cámara de D. Juan de Abendaño. D. Juan estaba en aquella cámara, pero no estaba solo: una mujer, joven y hermosa, de aquéllas que el arte infernal de la seducción, en que Abendaño era consumado, arrastraba desenfrenadas y locas de amor en pos de D. Juan a la torre de Unzueta, estaba con él acariciando en su profanado seno la gentil cabeza del «ome endiablado,» como le llamaba el buen Lope García de Salazar.
-¡Don Juan! le decía la desgraciada y culpable barragna, tengo celos de una muerta y no seré feliz a tu lado mientras no los desvanezcas. Tú amabas a Ochanda de Anuncibay, y el amor que aun muerta le tienes, no deja lugar al mío en tu corazón.
-Júrote, hermosa mía, le contestaba D. Juan colmándola a su vez de apasionadas caricias, que si alguna vez he mentido y desamado a una mujer, esa ha sido mintiendo y desamando a Ochanda ¿Sabes la oración que arrancó esta mañana de mis labios la nueva de su muerte? «En el infierno esté con Judas el traidor,» fue lo que entonces dije, y ese será siempre el responso que por Ochanda rece.
-Rondaste por su amor, primero la torre de Anuncibay y luego la de Mariaca, y arrullaste a Ochanda con enamoradas trovas.
-Mentíle siempre amor, porque no hubiera dado un ardite por el suyo, y sólo ansié, primero vengar ofensas recibidas de los de Anuncibay, seduciendo y deshonrando a la doncella que mucho amaban, y luego vengar las recibidas del de Mariaca irritando sus ya rabiosos celos. ¡Amar yo a Ochanda de Anuncibay! No hiciera tal el hijo da mi madre, aunque fuese, en vez de D. Juan de Abendaño, el zafio Ganorabaco que ejerce el oficio de bufón de torre en torre solariega desde la Encartación a Arratia.
El ángel derramaba lágrimas de compasión contemplando el hondo, el infinito, el inmenso sufrimiento con que Ochanda escuchaba este desvarío de D. Juan.
-¡Tornemos! exclamó el alma peregrina y desolada, con voz sólo perceptible para el ángel.
Y ambos volvieron a cruzar regiones y más regiones tornando al cielo.
El Señor los recibió a las puertas de la bienaventuranza.
-Señor, le dijo Ochanda, señaladme el camino de la expiación, que resignada estoy a buscar por él la del minuto que he permanecido en la tierra.
-Entra en mi morada y siéntate a mi diestra, le contestó el Señor tomándola amorosamente de la mano; que lo que has padecido durante un minuto en la tierra, escede a lo que padecerías durante un siglo en el purgatorio.

FIN DE UN SIGLO EN UN MINUTO.

El ruiseñor y el burro

- I -

No sé a punto fijo cuándo sucedió lo que voy a contar, pero de su contesto se deduce que debió ser allá hacia los tiempos en que los madrileños se alborotaron y estuvieron a punto de enloquecer de orgullo con la nueva de haber aparecido en el Manzanares una ballena que luego resultó ser, según unos, una barrica que no iba llena, y, según otros, la albarda (con

perdón sea dicho) de un burro. Estos tiempos deben remontarse lo menos a los del Sr. D. Felipe II (que tenía a los madrileños por tan aficionados a bolas, que les llenó de ellas la puente segoviana), pues ya en los del señor D. Felipe III llamaba Lope de Vega ballenatos a sus paisanos los madrileños.

Pero dejémonos de historia y vamos al caso.

El caso es que el Madrid de entonces se parecía al Madrid de ahora como un huevo a una castaña. No lo digo porque entonces Madrid tirando a monárquico quería hacerse cabeza de león y ahora tirando a republicano quiere hacerse cola de ratón, sino porque la parte meridional del Madrid de ahora estaba aún despoblada, menos la planicie y los declives de allende las iglesias de San Andrés y San Pedro, donde ya existía el arrabal que por haberle poblado moros se llamaba y llama aún la Morería.

Todas las demás barriadas meridionales no existían aún, y toda aquella dilatada zona comprendida desde Puerta-cerrada a la banda de la Virgen de Atocha sólo abundaba en barrancos, colinas escuetas y cerrados matorrales, donde se veía alguno que otro ventorrillo, entre los cuales llevaba la gala el que luego fue de Manuela, porque era el único donde se bebía el vino en vaso de vidrio y se comía la vianda con tenedor de madera. En los demás ventorrillos se empinaba el jarro de Alcorcón y se escarbaba en el plato con la uña.

No recuerdo quién ha aconsejado modernamente a los que entran en Madrid por la puerta de Toledo (que son los españoles meridionales, gente más apta que los septentrionales para pescar en este río revuelto) que dejen a un lado la calle de los Estudios y tomen la del Burro, con lo cual saldrán infaliblemente a la plaza del Progreso, y andando, andando un poco más, se soplarán en el Congreso de los Diputados y aún en los ministerios.

Entonces, como ahora, había burros en Madrid; pero la señora villa aún no había dedicado el nombre de una calle a conmemorarlos, como luego hizo y aún sigue haciendo de cuando en cuando, aunque no ha mucho tuvo el buen acuerdo de rebautizar con el nombre de calle de la Colegiata a la que se llarnaba del Burro. En esto, la señora villa procedió más discreta que Sevilla ha procedido no ha mucho poniendo a su calle del Burro calle de D. Alberto Lista, aunque poeta y maestro tan insigne nunca debió creerse destinado a alternar con asnos.

La que en Madrid fue después calle del Burro, no era entonces tal calle, sino un desierto poblado de maleza por donde nadie osaba pasar temeroso de malhechores, cuya audacia y número eran tales que, para precaver de sus embestidas a la villa, había cerrado ésta la que aún se llama Puerta-cerrada, a pesar de no existir desde 1562, en que se la derribó porque en sus revueltas se escondían los malhechores.

Aún el barrio de la Morería estaba muy lejos de tener la fisonomía urbana (vamos al decir) que hoy tiene: delante de la iglesia de San Pedro había una alamedica con asientos mal labrados, y las casas, mal alineadas, estaban entreveradas de árboles, alguno de los cuales, como el que dio nombre a la calle del Alamillo, ha sobrevivido hasta nuestros días o poco menos.

El café, el casino, el Prado, la Puerta del Sol de la Morería era la alamedica de San Pedro, donde se reunía la gente del barrio, particularmente los disantos después de la misa mayor. La misa mayor terminaba a las diez, y al salir de ella, toda la gente se quedaba allí, a murmurar los viejos y a enamorar los jóvenes, pues ya entonces chicos y chicas se gustaban mutuamente; y cuando en la morisca torre de San Pedro sonaban las doce, todo el mundo se iba en busca del puchero, previo el «Señor cura, que aproveche como si fuera leche,» que dirigían al párroco, y el «A ver si esta tarde venís todos al rosario, que Alonso va a hacer de las suyas en la letanía,» con que les contestaba el señor cura, con gran contentamiento de Alonso, el hijo del enterrador, que estaba presente y se contoneaba al oír estas últimas palabras.

Librodot

- II -

Señora Marica la panadera era ya vieja cuando sucedió lo que voy a contar; pero aún conservaba la fama y el prestigio que le habían dado, durante su juventud y su edad madura, su admirable habilidad y gracia para el canto.
Casi desde mozuela había andado desde Madrid a Vallecas con dos borriquillos, con cuya ayuda conducía diariamente al mercado madrileño el afamado pan vallecano, industria con que vivía un tanto holgada y más de un cuanto alegre.
Dos cosas habían sido objeto de admiración en Madrid y Vallecas y en el camino intermedio, durante los muchos años que señora Marica había recorrido diariamente este camino: en primer lugar, los cantares de señora Marica, que enamoraban a todo el que los escuchaba, y en segundo, los borriquillos de la misma, que parecían ser muy amados de la panadera, según lo engalanados, gordos y lucios que siempre los traía.
-Pero, señora Marica, decían a la panadera las gentes, asombradas y enamoradas de sus cantares, ¿cómo os componéis para cantar así? Y señora Marica les contestaba:

El cantar quiere tres cosas:
tener sonora la voz
y frío el entendimiento
y caliente el corazón.

Con lo que señora Marica, a la fama grande y merecida de cantora práctica, añadió fama no menos merecida y grande de cantora teórica.
A esto último debió el ser solicitada de las damas y galanes más encopetados de la corte para que les enseñase el sublime y no aprendido arte de los ruiseñores, y el que en la corte y diez leguas en contorno fuese la más respetable autoridad en materia de canto, porque hasta los tiples de la capilla real decían al oírla:
-¡Canario! esa mujer es un prodigio y debemos confesar que a nosotros mismos nos falta algo para compararnos hasta con sus discípulos.
Los discípulos de Marica estaban reducidos a uno, que era un mozo de su vecindad llamado Alonso e hijo del enterrador de la parroquia, de quien conviene dar pelos y señales.
Marica había casado y enviudado, quedándole una niña muy hermosa, a quien quería como a las de sus ojos. Lucigüela, que así se llamaba la niña, fue creciendo, creciendo, mientras su madre andaba de Madrid a Vallecas y de Vallecas a Madrid; y como retozase con los mozuelos de la vecindad, que era en la calle de los Mancebos, fue tomando querencia al más bruto de todos, llamado Alonso, que ya es muy antiguo esto de enamorarse las mujeres de los que no tienen virtud ni talento y desdeñar a los que tienen ambas cosas.
Señora Marica, que veía a Lucigüela desmejorada y triste, llamóla a solas una noche y le preguntó la causa de su desmejoramiento y tristeza.
La mozuela echóse a llorar y le confesó que se moría por el vecinuelo Alonso.
Casualmente Alonso era aborrecido de señora Marica, porque aquel mozuelo era maniático por el canto, y como en vez de cantar rebuznase, y día y noche estuviese dale que le das a los cantares, señora Marica, oyéndole, padecía lo que no es decible.
-Hija, ¡qué puñalada me has dado en este corazón dedicado a amarte! -exclamó señora Marica, desfalleciendo de dolor al oír la confesión de la rapaza. Bien sabes que aborrezco a Alonso, no tanto porque canta mal, como porque piensa que canta bien, lo que prueba que no tiene talento para conocerse. Hija, el que no tiene talento para conocer su propio valer, no le

Librodot

tiene tampoco para conocer el valer ajeno. ¡Qué será de ti, hija mía, si casas con quien no conozca lo que vales!
Lucigüela, que quería mucho a su madre y veía que para ésta era dolor de los dolores el que quisiese a Alonso, prometió a su madre olvidar al vecinuelo.
Pero fueron pasando meses y meses, y señora Marica veía que el desmejoramiento y la tristeza de Lucigüela aumentaban y aún que la doncella lloraba a hurtadillas, según más de una vez se lo habían dicho aquellos ojos donde ella se miraba.
Otra noche tornó a interrogar a solas a Lucigüela, y ésta, que no conocía el mentir, y menos preguntada de su madrecica, confesóle que no había podido olvidar a Alonso y que éste cada vez mostraba más empeño en requerirla de amores.
Señora Marica preguntóle a la almohada qué era lo que debía hacer para escoger entre dos males el menor, y la almohada le dijo:
-La doncellica morirá o la faltará poco para morir, si con Alonso no casa. Canto y música, que todo es cantar, domestican fieras, y tú que tanto de canto entiendes, puedes domesticar a Alonso, enseñándole a cantar, aunque nunca lo hará tan bien como ahora rebuzna. Nunca será yerno de tu gusto, que el alcornoque, pulimento puede recibir hasta que brille, mas no deja de ser alcornoque; pero ganar mal yerno menos malo es que perder buena hija.
Esto dijo la almohada a señora Marica y esto tuvo señora Marica por lo más acertado.
Lucigüela conformóse con ello muy regocijada, y cuando topó a Alonso en la escalera y la dijo ¡envido! ella le contestó ¡quiero!
Bruto y todo como Alonsico era, placíale más por lo jovencico y de buen gesto, que un caballero del barrio, algo entrado en años y muy honrado y rico, llamado D. Pedro, que bebía los vientos por ella.
Señora Marica llamó aparte a Alonso y le dijo.
-Alonsico, hijo, ya sé que a Lucigüela enamoras.
-Verdad es, señora Marica, y con fin honesto es, contestóle el mancebo.
-Pues si te place casar con ella y ella sigue gustando de ti, licencia mía tendréis los dos; pero si yo gusto de gente que cante bien, no así de gente que cante mal como tú haces. Hijo Alonso, en punto a cantar no cabe término medio: o un buen cantar o un buen callar, que quien canta bien, parece ángel que a Dios alaba, y quien canta mal, asnico que rebuzna.
-Si vos, señora Marica, me dierais lecciones de cantar, como vos cantaría yo, que voz harto gentil tengo.
Sonrióse señora Marica de la vanidad de Alonso, y le prometió hacer desde entonces con él la que con nadie había querido hacer ni aún por lograría: darle lecciones de cantar.
Y dándoselas pasó meses y más meses y aún años enteros, hasta que un día Alonso ofició misa mayor en la parroquia del señor San Pedro, sin que los perros, que nunca faltan en misa aunque falten cristianos, escaparan al oírle, como habían hecho en otra ocasión que probó oficiar.

- III -

No cantaba bien Alonso, por más que señora Marica, su maestra, había puesto empeño en que saliese discípulo, si no que la honrase, a lo menos que no la deshonrase; pero él presumía de hacerlo a maravilla.
No lo era que él presumiese de diestro, pero pasmaba que le tuviesen por tal las gentes, incluso la de iglesia, y todo por la única razón de que él alardeaba a toda hora y en toda parte

de haberle aleccionado señora Marica la panadera. Bien que esto no era ni es nuevo en el mundo, porque muchos de los que exclaman ¡ah! ¡oh! viendo una pintura u oyendo una música o nombrándoles un libro, no admiran de ciencia propia, sino de ciencia ajena que les ha dicho, a tuerto o a derecho, que la pintura, o la música o el libro es de admirar.

Decir entonces en Madrid que señora Marica la panadera había aleccionado a Alonso en el canto, era casi como decir ahora que le había aleccionado Caltañazor o Arderíus o Mariano Fernández, que cantan en la mano.

Pero ¿quién había dado a señora Marica esta autoridad artística?

¡Quién! El que se la da a los ruiseñores.

Mientras Alonso reventaba de gloria y orgullo con su cualidad de discípulo único y predilecto de señora Marica y con sus triunfos en San Andrés y San Pedro y aún en calle y ventana a donde salía con frecuencia a cantar, atrayendo, no ya a toda la Morería, sino a todo Madrid, inclusos los tiples de la capilla real, que se desnucaba por correr a oírle; mientras esto pasaba, Lucigüela se consumía de ansia por casar con él, porque decía y no sin razón a su señora madre:

-Madrecica mía, de todos es Alonso menos de quien más le quiere.

Mirlos, y ruiseñores cantan desde la alborada hasta que el sol se pone, pero pasan la noche a solas con la amada compañera. ¡Ay madre, la mi madre, cuánto más dichosas que yo son mirlas y ruiseñoras!

Y señora Marica, persuadida de que las quejas de Lucigüela eran justas, llamó a Alonso y le dijo:

-Hijo Alonso, ya soy vieja para la andanza de Madrid a Vallecas y de Vallecas a Madrid, y esta Lucigüela nuestra no me puede reemplazar, que, delicadica siempre como flor de jazmines que tiembla y quiere caer cuando el más suave céfiro sopla, harto ha hecho y hace y hará vendiendo en el mercado el pan que otros trajeron. Hora es ya que ella y tú caséis en uno y camino de Vallecas me reemplaces, no sólo en la guía y cuidado de los borriquillos, sino también en los cantares con que más de cuarenta años he alegrado aquellos campos, de suyo tristes, menos desde que el señor San Isidro los viste de florecicas y yerbas que el señor San Juan les quita.

Lucigüela estaba presente al dirigir señora Marica este sesudo discurso a Alonso y temblaba la cuitada sin saber por qué, pues el corazón sólo le decía que temblara.

Y Alonso, tras sonreír un poco irónicamente, entre indignado y satisfecho, y meditar otro poco, respondió al fin a señora Marica:

-Señora Marica, con fin honesto he querido y quiero a Lucigüela, y prueba de ello es que ni siquiera a pellizcos hemos andado; pero casar con ella no puedo ni nunca pensé hacer tal.

-¿Haste tornado loco, hijo Alonso? exclamó señora Marica asombrada de tal respuesta, mientras Lucigüela palidecía como muerta.

-Loco sería yo, repuso Alonso, si de pájaro libre tornase voluntariamente pájaro enjaulado. Enamoréla porque dicen que el pájaro para cantar bien, enamorado ha de estar. Demás de esto, harto, sabéis que vengo de gente de iglesia, y casar con doncella que viene de gente mercadera, casar desigualmente sería.

Señora Marica quiso replicar indignada a este sandio razonamiento; pero un grito y un desmayo, al parecer mortal, de la cuitada Lucigüela, hicieron que sólo curase de la doncella mientras Alonso se alejaba de ambas.

Entre la vida y la muerte pasó Lucigüela muchos meses, y al fin convaleció, no tanto del alma como del cuerpo.

Ni su madre ni ella eran para seguir el tráfico del pan vallecano; mas la primera encontró medio de suplirle con una alcancía, en que había ido echando los ahorros de muchos años, con

Librodot

la venta de los borriquillos y con las lecciones de canto, que al fin se decidió a dar a gentes muy principales, entre ellas, aquel D. Pedro que suspiraba, casi en silencio por Lucigüela.
Entre tanto, Alonso seguía reventando de gloria y orgullo en San Andrés y San Pedro, y áun en ventanas y calles y plazas, donde la muchedumbre que le oía cantar no escaseaba el ¡oh! ni el ¡ah! más que por la autoridad del mérito intrínseco de su canto, por la que le daba su cualidad de discípulo primero y predilecto de señora Marica la panadera.

- IV -

Ya he dicho lo que pasaba todas los disantos, después de misa mayor en la alamedica de junto a la iglesia del señor San Pedro.
Si esto pasaba fuera, algo aún más digno de contarse pasaba dentro, y era, que hacía muchos domingos, señora Marica comenzaba a llorar así que comenzaba a cantar Alonso.
Habíalo notado la gente y no había quien no dijera:
-¡Oh, qué cantor tan diestro ha salido Alonsico el del enterrador con las lecciones de señora Marica, cuando hasta su misma maestra se conmueve y llora de ternura al oírle! Un ruiseñor teníamos y ya tenemos otro.
Alonso, a quien todos daban plácemes y enhorabuenas por aquel triunfo, estallaba de vanidad y de gozo oyendo esto, y más aún viendo que señora Marica, colocada en la iglesia, donde él podía verla desde la baranda del coro en que cantaba, de domingo en domingo aumentase su llanto.
Aquejábale el deseo de dar gracias a Marica por aquella aprobación y aplauso indirecto, pero esplícito, de su maestría, y decía para sí:
-Aún no saben las gentes todo lo que me honran las lágrimas de admiración y ternura que arranco a señora Marica así que comienzo a cantar. Que conmovamos el corazón que nos ama no es maravilla, mas sí que conmovamos el corazón que nos aborrece, como el de señora Marica debe aborrecerme desde que desdeñé la mano de Lucigüela por desmerecer de mancebo que como yo viene de gente de iglesia. Como señora Marica es de suyo reservada, y por esto y por honra propia habrá callado a todo el mundo que desdeñé casar con su hija, conviéneme decirlo a todos, y eso haré cuando más oportuno sea.
Propúsose Alonso un domingo hacer sabedores a todos los feligreses de que señora Marica no podía resistir sin llorar a moco tendido la influencia de su canto, y se propuso esto por dos razones, que son a saber: la primera por si algún feligrés no había reparado en el llanto de señora Marica, y la segunda por regodearse públicamente con la narración de su triunfo.
Para motivar más y más esto que meditaba, propúsose estremar aquel día los primores de su canto, de modo que llorasen, no ya sólo señora Marica su maestra, sino hasta las mismas losas del templo.
Y así lo hizo. ¡Oh, qué gritos! ¡Oh, qué gorjeos! ¡Oh, qué modulaciones! Y su empeño no fue vano, porque señora Marica lloró entonces más que nunca, desde que Alonso abrió la boca hasta que la cerró.
La alamedica estaba más deliciosa que nunca, porque el sol picaba recio, y bajo aquella enramada no entraba ni el más sutil de sus rayos.
Ni uno sólo de los feligreses que salían de misa seguía adelante, que todos quedaban en la arboleda para gozar de alegre plática y de fresca sombra.
Así hizo señora Marica, que aún lloraba al salir de la iglesia. Alonso salió el último, y viéndola conversando con las comadres mejor quistas en el barrio, encaminóse hacia ella, y la muchedumbre, que lo notó, formóles corro ansiosa de gozar con lo que gozase Alonso oyendo los plácemes de su maestra.

-Señora Marica, dijo Alonso imponiendo a la muchedumbre silencio tal, que hasta el aleteo de las moscas se oía; tiempo ha que lloráis a mares apenas comienzo a cantar, y no ponéis cabo al lloro hasta que yo le pongo al canto.
-Cierto es eso, hijo Alonso, contestó Marica tornando a conmoverse.
-Si aborreciéndome hacéis así, ¡qué no hiciérais amándome!
-¡Yo aborrecerte, Alonsico! ¿Por qué te he de aborrecer, hijo?
-Porque Lucigüela moría de amor por mí, y yo, después de enamorarla, bien que honestamente.. neguéme a casar con ella pensando que, viniendo yo de gente de iglesia, desdoraba mi linaje casando con doncella que venía de gente mercadera.
Un murmullo de indignación, que Alonso tomó por de aprobación, acogió estas palabras del mozo.
-¡Es posible, señora Marica, continuó Alonso, es posible que vuestro llanto en la iglesia todos los disantos que canto yo sea porque yo canto y no por otra causa!
-Porque tú cantas es, Alonsico.
-Pues dígo, señora Marica, que si yo reventara ahora mismo de vanidad, nadie pudiera maravillarse de ello, porque en materia de canto, tal autoridad tenéis, que por asno quedara aquél a quien dijéseis «como asno cantas,» y por ruiseñor aquél a quien dijéseis «cantas como ruiseñor.»
-¡Cierto, cierto es eso que dice Alonsico! clamó la muchedumbre viendo que señora Marica trataba de declinar la autoridad que el mozo la atribuía.
-¿No me diréis, continuó Alonso, por qué mi canto tan hondamente os conmueve?
-Sí te diré, Alonsico, hijo, respondió señora Marica, y para enjugar las lágrimas que tornaban a cegar sus ojos, hizo una larga pausa, término esperaba la muchedumbre impaciente y silenciosa. Deshágome en llanto y se me dislacera el corazón apenas te oigo cantar, porque entonces traes a mi memoria el recuerdo de un asnico que se me murió y rebuznaba lo mismo que tú cantas.
Oír esto la muchedumbre y prorumpir en risotadas y silbidos enderezados a Alonso, todo fue uno. Despojado de improviso el mozo de la aureola que ceñía su frente, huyó de aquél que creyó ser teatro de su gloria y veía tornado en cadalso de su ignominia, y los mozuelos le siguieron una y otra calle de la Morería, gritándole:
¡Alonsico,Alonso,
rebuznad un responso!

- V -

Alonso no tornó a cantar ni en la iglesia del señor San Pedro, ni en la del señor San Andrés, ni en calle, ni en plaza, ni en ventana, ni en parte alguna donde gentes le oyesen.
Aun de la Morería tuvo que mudar vivienda, y sólo recatándose, tornaba a la misa de alba, porque los rapaces, erre que erre en perseguirle, cada vez más sañudos, le tiraban tronchos de col y fruta laceriaclay gritándole
¡Alonsico, Alonso,
rebuznad un responso!
Y buscando la soledad donde no le persiguiese nadie más que la conciencia, que basta y sobra para castigar pecados, hallóla en los espesos matorrales no distantes de la Puerta-cerrada.
Gentes de suyo sobradamente reparonas diránme que en estos altozanos y vallejuelos de la banda izquierda del Manzanares, donde sólo se ven arenicas y más arenicas áridas y secas como el ingenio mío, no pudo haber nunca matorrales espesos ni aún ralos.

Librodot

Gracia me hace, como soy Antón, este reparo, cuando los cronistas de la villa, desde el licenciado Quintana hasta Capmany y Mompalau, más licenciado aún, limoneros y todo ponen en las susodichas arenicas.
Allí, digo en aquellos espesos matorrales labró Alonso el del enterrador una chocica y roturó una heredad, allí vivió luengos años, triste y malquisto de todos, y allí murió más conocido con el sobrenombre de Burro que con el nombre de Alonso.
Y cuando poco después de su muerte se labró hacia allí el barrio aún llamado Nuevo con ser tan viejo, y los matorrales tornáronse calle, que partiendo en dos la heredad que fue de Alonso, bajaba hacia la Puerta-cerrada, el vulgo necio llamó calle del Burro a la que inició el desterrado de la Morería, y tal nombre confirmó, al cabo, la señora villa, que a las veces es algo arrimadica a la cola.
En cuanto a Lucigüela y señora Marica, la primera casó con el honrado y rico caballero que dejó su nombre a la calle de D. Pedro, y la segunda tornó a entonar dulces cantares que parecían salir de entrañas de madre, así que tuvo nietecicos a quien arrullar con ellos.

FIN DEL RUISEÑOR Y EL BURRO.

Tragaldabas

- I -

Lesmes era pastor, aunque su nombre no lo haría sospechar a nadie, pues todo el que haya leido algo de pastores en los autores más clásicos y autorizados, sabe que se llamaban todos Nemorosos, Silvanos, Batilos, etc.
Si el nombre de Lesmes nada tiene de pastoril, menos aún tiene la persona; pues es sabido que todos los pastores como Dios manda, son guapos, limpios, discretos, músicos, cantores, poetas y enamorados, y Lesmes podía apostárselas al más pintado a feo, puerco, tonto, torpejón para la música, el canto y la poesía, y el amor estomacal era el único que le desvelaba. Lesmes tenía, sin embargo, algo de pastor, aparte, por supuesto, de lo de guardar ganado: era curandero. Nadie ignora que la flor y nata de los curanderos sale del gremio pastoril.
La voz del pueblo, que dicen es voz de Dios, aseguraba que Lesmes triunfaba de todas las enfermedades; pero yo tengo una razón muy poderosa para creer que la voz del pueblo mentía como una bellaca, y, por consiguiente, no es tal voz de Dios ni tal calabaza. Lesmes padecía una terrible hambre canina, a la que debía el apodo de Tragaldabas con que era conocido, y toda su ciencia no había logrado triunfar de aquella enfermedad.
Un invierno atacó no sé qué enfermedad al rebaño de Lesmes, y en poco tiempo no le quedó una res. Esta desgracia fue doble para el pobre Tragaldabas, porque al perder el ganado perdió la numerosa clientela de enfermos, que le daba, sino para matar el hambre, al menos para debilitarla. El pueblo, que acudía a él en sus dolencias, dijo con muchísima razón: «si Tragaldabas no entiende la enfermedad de las bestias, es inútil que acudamos a él». Y dicho y hecho: ya ningún enfermo acudió a consultar a Tragaldabas desde que se supo que éste no acertaba con el mal de las bestias.
Cansado Lesmes de luchar con el hambre sin conseguir echarle la zancadilla, determinó llamar en su auxilio a la Muerte, cosa que hacen los tontos cuando la tontería se les agrava con la desesperación.
-¡Señora Muerte! ¡Señora Muerte! empezó a gritar, ¡señora Muerte!

De repente descubrió a la Muerte que salía de una taberna inmediata y se estaba divirtiendo en andar al rededor de una de esas pozas de agua estancada que suele haber en las aldeas a la puerta o las inmediaciones de las casas.
-¿Qué se te ofrece, hombre, que tantos gritos das? le preguntó la Muerte.
-Que haga Vd. el favor de quitarme cuanto antes del medio a ver si acabo de padecer.
-¿Tenías más que haberte llegado a la casa de trato donde suelo estar? Pero vamos a ver lo que te pasa.
-Lo que me pasa es que no me pasa nada por el pasapán.
-¿Hola, eres aficionadillo al retruécano? ¡Mal gusto tienes! ¿Conque me llamas porque tienes hambre, eh?
-Justo. ¿Y lo extraña Vd.?
-Sí que lo extraño.
-¿Por qué?
-Porque en los hartos y no en los hambrientos es donde por lo común ejerzo yo mi ministerio.
-Si yo estuviera harto, no la llamaría a Vd.
-Cierto, porque vendría yo sin que tú me llamaras.
-En fin, no tengo gana de conversación. Hágame Vd. el favor de sacarme de penas dándome un golletazo con ese chisme que lleva Vd. al hombro.
-¿Qué chisme, la guadaña?
-Sí, señora.
-La guadaña es sólo mi insignia heráldica y no mato con ella a nadie.
-¿Pues con qué mata Vd.?
-Con una porción de armas mucho más eficaces que este embeleco: con los médicos malos y los curanderos malos y buenos, con los malos gobiernos y los pueblos ingobernables, con los hipócritas de Dios y de la libertad, con el lujo, con los libros escritos por los malos y los tontos, con la indiferencia religiosa, con la vida de café, que va sustituyendo a la vida de familia, con los dos o tres mil bribones que en cada nación pretenden monopolizar la cosa pública.....
-Déjese Vd. de sátiras, y écheme pronto al otro barrio.
-Deseo complacerte porque me has prestado muy buenos servicios mientras has sido curandero; pero si te he de decir la verdad, quisiera que permanecieses aún por acá a ver si vuelves a prestármelos.
-Cualquiera diría, según lo que repugna a usted el matarme, que no es Vd. partidaria de la pena de muerte.
-Hombre, algo hay de eso.
-Si lo entiendo que me ahorquen.
-Pues es fácil de entender: el servicio que me prestan los muertos es insignificante, porque la tufaradilla con que inficionan la atmósfera desde que empiezan a corromperse hasta que concluyen, no vale nada comparada con el que me prestan los vivos. Casi, casi se puede asegurar que si no muriese nadie moriría mucha más gente.
-Vamos, Vd. me quiere volver tarumba con sus paradojas. ¿Me quita Vd. del medio, sí o no?
-No.
-¿Pero no ve Vd. que entonces me voy a morir de hambre?
-Yo haré que no te mueras.
-¿Cómo?
-Comiendo.
-¿Y cómo voy a comer si no gano un cuarto?
-Yo haré que ganes cuanto quieras. ¿De qué modo?
-Haciéndote médico.

Librodot

-Pero si no entiendo de medicina.....
-Pues esos médicos son los que a mí me convienen.
-¿Y dónde están esos?
-¿Dónde? No me conviene que se sepa.
-¡Si digo que Vd. tiene gana de volverme tonto!
-Ya lo eres.
-Pues entonces.....
-Entonces me conviene que seas médico, y lo vas a ser.
-¡Esplíquese Vd. con dos mil de a caballo!
-Me voy a esplicar. Así que una persona cae mala, me planto yo a su lado. Si el mal no tiene remedio, me coloco a la cabecera de la cama, y si le tiene, me coloco a los pies. Ya supondrás que cuando Dios me ha dado atribuciones para deshacer su predilecta hechura, que es el hombre, también me habrá dado algunas otras menos importantes.
-¿Y qué atribuciones son esas?
-Una de ellas es la de permanecer invisible.
-¿A los ojos de todos?
-Sí.
-¡Esa es grilla! ¡Mire Vd. si los médicos la verán a Vd.!
-¿Verme a mí los médicos? Tú estás tocando el violón. Pero volvamos a tu medicatura.
-Dirá Vd. a mi curandería.
-¿Por qué?
-Porque no teniendo título seré curandero y no médico.
-Lo mismo da. Lo que no da lo mismo es la ignorancia y la ciencia.
Pues como iba diciendo, yo soy invisible para todo el mundo y dejaré de serlo para ti. Entras a ver a un enfermo, y si me ves a la cabecera de la cama dices que el enfermo no tiene remedio por haberte llamado tarde; el enfermo se muere y todos dicen: «¡Qué ojo tiene ese D. Lesmes! ¡En echándole ese a uno el fallo, ni toda la veterinaria le salva!» Pero si me ves a los pies de la cama dices que tú respondes de la vida del enfermo, aunque le has encontrado ya medio muerto; le das cualquier cosa para hacer que hacemos, y como el enfermo se salva, dicen todos: «¡Este D. Lesmes resucita los muertos!» y no tienes bastantes pies para visitar ni bastantes manos para embolsar dinero. Conque ¿qué te parece mi proposición?
-Me parece a pedir de boca; pero me ocurre una duda.
-Vamos a ver qué duda es esa.
-Yo no puedo creer que me proteja Vd. por mi buena cara, y quisiera saber qué mira se lleva Vd. en ello.
-En primer lugar, la de satisfacer una deuda de gratitud, porque ya he dicho que me serviste en grande cuando eras curandero, y en segundo, la de que vuelvas a servirme.
-¿Y cómo le he de servir a Vd.?
-Te diré: los médicos de gran reputación son los que a mí me convienen, con tal que su reputación sea injusta, y de este número serás tú.
-No lo entiendo.
-Tú no entiendes nada, y así me gustan a mí los médicos. Cuando hayas adquirido gran reputación, te consultarán muchísimas gentes, sanas y buenas, y las pondrás enfermas a fuerza de hacer con ellas barbaridades.
-Está Vd. muy equivocada, que a todo aquél a cuyo lado no la vea a Vd., le diré que no está enfermo.
-Guárdate de decirle tal cosa.
-¿Por qué?

Librodot

-Porque, diciéndosela, perderás reputación y dinero.
-¡Zape! No echaré en saco roto el consejo.
-Aunque es de la Muerte, es saludable.
-Ea, voy a ver si me sale por ahí alguna buena visita y saco la tripa de mal año. Conque hasta la vista, señora Muerte.
-Hasta luego, Tragaldabas.
Lesmes tomó el camino de un pueblo, cuyo campanario se veía a lo lejos, y la Muerte se fue a otro a intrigar para que el médico y el boticario, que eran amigos suyos, fueran nombrados individuos de la junta de sanidad.

- II -

Al llegar Tragaldabas al pueblo, notó gran consternación en el vecindario, como que hombres, mujeres y niños lloraban como becerros.
Informóse de lo que ocurría, y supo que toda aquella consternación y llanto eran porque el alcalde del pueblo estaba desahuciado de los médicos.
Y en verdad que el vecindario tenía motivos para idolatrar al alcalde y considerar como una gran calamidad el que Dios se le llevase, porque alcaldes como aquél entran pocos en libra.
Para ser elegido no había tenido que emborrachar a los electores; no organizaba cada día, en unión de los demás concejales, una comilona, con cargo al capítulo de gastos imprevistos; no se embolsaba las multas, después de dar al alguacil los picos para que cerrase el suyo; sabía leer; no tenía los abastos del pueblo por medio de testaferro, y, por último, no había hecho depositario de los fondos municipales a un amigo suyo que le entregase todas las noches la llave de la caja. Dígaseme, en vista de estos informes, si tengo o no razón para decir que alcaldes como aquél entran pocos en libra.
-¡Ya me cayó qué hacer! dijo para sí Tragaldabas. ¡Si visito al alcalde, y sale adelante en su enfermedad, me pongo las botas!
Y dirigiéndose a casa del enfermo, pidió permiso al alguacil, que hacía de portero, para pasar adelante.
Es de advertir que el alguacil era la única persona del pueblo que no podía tragar al alcalde, y todo por la sencilla razón de que éste no le daba los picos de las multas como sus antecesores, porque sacaba pocas, y cuando las sacaba las destinaba íntegras al fondo común.
-¿Para qué quiere Vd. pasar? preguntó el alguacil a Lesmes.
-Para ver al enfermo.
-¡Eso es, para que le mate Vd.!
-¿Cómo que matarle?
-El que mata a las bestias, de juro ha de matar al señor alcalde.
-¡Deslenguado! exclamó Lesmes, indignado del maligno sentido equívoco con que hablaba el alguacil, y penetró en la alcoba del enfermo, a lo que el alguacil no opuso gran resistencia por la razón que más adelante veremos.
A la cabecera de la cama estaba un médico de los más afamados en la comarca, y Lesmes temió por un momento que fuese la Muerte, porque había oído decir que ésta se disfrazaba de médico muchas veces; pero muy pronto se convirtió su temor en alegría al dirigir la vista a los pies de la cama y ver allí a la Muerte.
-¿Qué trae Vd. por aquí? le preguntó la alcaldesa, que, entre paréntesis, tenía muy buenos bigotes.
-Vengo a dar la salud al señor alcalde, contestó Lesmes.
-El señor alcalde, replicó irritado el médico, sólo debe ya esperar la salud de Dios y de la ciencia.

Librodot

-Pues con la ayuda de Dios y de la ciencia se la voy yo a dar.
-¿Ciencia Vd.? dijo el médico con la risa del conejo.
-Ciencia yo, sí señor.
Aunque la ocasión no era para risas, todos, inclusa la alcaldesa, estuvieron a punto de reír a todo trapo al ver la estupidez de aquel zamarro, que creía poder dar la salud a un moribundo, desahuciado de los mejores médicos.
El alguacil se había acercado a la alcoba, atraído por aquel altercado, y como tenía ganas de que cuanto antes se llevase la trampa al
alcalde, y creía muy a propósito a Tragaldabas para despacharle pronto, única razón por que no había opuesto gran resistencia a la entrada del curandero, tomó la palabra en favor de éste, diciendo por lo bajo a la alcaldesa, que repito tenía muy buenos bigotes:
-Señora, eche Vd. noramala a los médicos, que son los que están matando al señor alcalde, resentidos de que apenas hay enfermos en el pueblo desde que él hizo desaparecer todos los focos de infección que envenenaban al vecindario.
La alcaldesa era crédula, como lo son casi todas las mujeres, cosa que, nos tiene mucha cuenta a nosotros los tunos de los hombres, y creyó de buenas a primeras al alguacil.
-Yo opino, dijo al médico, que si Lesmes insiste en que él es capaz de sacar adelante a mi marido, debemos poner en sus manos al enfermo.
-Señora, exclamó el médico asombrado de la credulidad de la alcaldesa, ¿está Vd. chispa o se ha vuelto loca?
-Ni lo uno ni lo otro. Vd. y sus compañeros han dado por muerto a mi marido; este hombre dice que él se compromete a resucitarle, y yo quiero probar si le resucita, que de todos modos, de muerto no ha de pasar mi marido.
Oír esto el médico, y tomar la puerta como si le hubieran puesto un cohete en salva la parte, todo fue uno.
A la puerta de la casa había muchas gentes esperando con terrible ansiedad noticias del estado del enfermo, y al ver al médico, todos corrieron a preguntarle.
-Cuéntenle Vds. por muerto, que ya le está dando el cachete el bruto de Tragaldabas, contestó el médico continuando la fuga.
El llanto del vecindario fue entonces tal que partía las piedras, y en medio del general lloriqueo se oyeron voces de: «¡Muera Tragaldabas!»
Así que salió el médico, Lesmes dirigió la vista hacia la Muerte como para preguntarle si lo hacía bien y vio que la Muerte se había alejado un buen trecho del enfermo así que el médico salió y le hacía señales de aprobación con la cabeza.
Lesmes, cada vez más alentado y contento, tocó la barriga del enfermo, cogió unas telarañas del techo, se las puso sobre los párpados al alcalde, y éste, que hacía tiempo había perdido el conocimiento, poco después dio señales de recobrarle.
-¡Ya tenemos hombre! exclamó Tragaldabas abrazando, en el trasporte de su alegría, a la alcaldesa, que repito tenía muy buenos bigotes.
En aquel instante el alcalde acabó de volver en sí, diciendo:
-¡O tengo telarañas, o he visto abrazar a mi mujer!
Y como se llevase la mano a los ojos y notase que, en efecto, tenía telarañas en los ojos o sus inmediaciones, se volvió al otro lado y se quedó tranquilamente dormido.
Poco después roncaba como un marrano, y el pueblo, conociendo en sus ronquidos que estaba ya fuera de peligro, lloraba de alegría y se apresuraba a tomar parte en una suscrición que se había abierto para recompensar dignamente al que había salvado al popular alcalde (que no es lo mismo que alcalde popular), suscrición con que Lesmes se puso las botas, botas que autorizaron a Lesmes a anteponer a su nombre el don, y don que dio a Lesmes la apariencia de persona decente, que es lo único a que aspira el don.

- III -

La cura del alcalde consabido había dado a don Lesmes una reputación bárbara, y esta reputación crecía como la espuma con las admirables pruebas de acierto que cada día daba el ex-pastor. Si D. Lesmes decía: «este enfermo se muere,» el enfermo se moría, aunque su enfermedad consistiese en la picadura de una pulga; y si, por el contrario, decía:
«este enfermo se salva,» el enfermo se salvaba, aunque su enfermedad consistiese en la picadura de una culebra de cascabel. El ojo de D. Lesmes era ya más célebre que el del boticario de la pedrada.
Cuéntase (y por sabido lo callara yo si no viniera tan a cuento) que cierto sujeto llamó a un médico y le dijo que estaba enfermo sin saber cuál fuese su enfermedad, pues no le dolía nada.
-Lo más raro de este pícaro mal, añadió, es, que tengo buen humor, buen sueño y buen apetito.
-Pues no le dé a Vd. cuidado, le dijo el médico, que ya le quitaremos a Vd. todo eso.
Y en efecto, a fuerza de cama y medicinas y dieta y sobaduras, le quitó todo aquello, es decir, el buen humor, el buen sueño y el buen apetito.
D. Lesmes era llamado con frecuencia por personas a cuyo lado no veía a la Muerte, lo que probaba que se le llamaba para curar un mal imaginario. A pesar del encargo que le había hecho la Muerte de que se acordara de desengañar a tales enfermos, al principio los desengañaba, porque proceder de otro modo le repugnaba mucho; pero pronto tuvo que abandonar tal sistema. Los pretendidos enfermos a quienes no ponía en cura porque no lo necesitaban, le echaban enhoramala diciendo que era un bruto que no entendía su enfermedad, e iban a dar su dinero a otro médico, a quien ponían en las nubes porque los jaropeaba de lo lindo. En vista de esto, D. Lesmes se decidió a seguir el consejo de la Muerte, quitándoles, como el médico del cuento, el buen humor, el buen sueño y el buen apetito a fuerza de cama, medicinas, dieta y sobaduras.
Repito que la fama de D. Lesmes crecía como la espuma. A los médicos se les llevaba con razón el diantre al ver que un intruso en su facultad no les dejaba ganar un cuarto, y rabiaban por acudir al subdelegado de medicina para que pusiese las peras a cuarto a D. Lesmes; pero era la gaita que en aquel país no había tal subdelegado ni tal niño muerto, porque allí era enteramente libre el ejercicio de la medicina. Señor, ¿que un enfermo era tan animal que llamaba a un albéitar en lugar de llamar a un médico y reventaba con la medicina que le daba el albéitar? En el pecado llevaba la penitencia. ¡Pues no faltaba más que no se permitiera en un país civilizado y libre curar los enfermos sin licencia del gobierno, cosa que se permite en la misma África, tan atrasadota y bárbara que muchos españoles emigran a ella!
Pero a pesar de su gran reputación y su numerosa clientela, Tragaldabas no ganaba lo bastante para satisfacer el hambre canina que siempre le había devorado y que era cada vez mayor, hasta el punto de parecer insaciable.
-Es tontería, decía para sí D. Lesmes, para comer y beber como yo deseo, se necesita una renta de diez mil duros al año, y no gano la mitad, aunque hago la infamia de no desengañar a los enfermos imaginarios. Está visto que como no tenga la suerte de que algún rey, príncipe o señorón así me nombre su médico de cámara, nunca me veré harto.
Sucedió por aquel tiempo que el rey cayó gravísimamente enfermo; y por más que los médicos de cámara se despepitaban por aliviarle, no lo conseguían.
La fama de D. Lesmes había llegado ya a la corte; porque las famas inmerecidas tienen cuatro alas, y las merecidas una y un alón. No faltó quien aconsejase a S. M. que le hiciese llamar, cosa que puso hechos unos basiliscos a los médicos de cámara, que decían con muchísima

Librodot

lógica: «Cierto que nosotros no podernos salvar al rey; pero si por casualidad ese hombre sabe más que nosotros y le salva, ¡qué será de nosotros!»
Cuando D. Lesmes recibió la noticia de que el rey le llamaba, temió morirse de alegría; pero no viendo por allí a la Muerte, se tranquilizó y emprendió el camino de la corte diciendo:
-A la corte voy, y milagro será que allí no consiga matar el gusanillo, porque..... dejémonos de cuentos, para matar el hambre no hay como el presupuesto de la nación.

- IV -

Ya nadie daba un ochavo por la vida del rey cuando Tragaldabas llegó la corte. El rey era muy amado de su pueblo; pero la gente elegante (aunque no toda, por supuesto) se puso de mal humor cuando corrió la voz de que acababa de llegar un médico que probablemente salvaría a S. M., y era porque ya había consentido en lucir sus ricos trajes en el entierro de S. M. y en las fiestas de la coronación de su sucesor.¡Qué! ¿Dicen Vds. que esto es inverosímil, que tengo muy pobre idea del corazón humano? Pues yo les contaré a Vds. un cuento que no lo es. Ustedes habrán oído hablar mucho y bien de la señora de López, muy conocida en la buena sociedad de Madrid por su elegancia y caritativos sentimientos, de que hablan con frecuencia los periódicos. Paso una mañana que Madrid se despoblaba para ir a ver apretar el gañote a un reo, (operación que debo ser en estremo ingeniosa y divertida cuando el pueblo que debe ser el más culto de España gusta de presenciarla) supe al llegar a la puerta de aquella elegante y caritativa señora, que el reo había sido indultado por la reina doña Isabel II, y como precisamente en aquel instante viese a la señora de López bajar por la escalera, deslumbradora de belleza y elegancia, me apresuré a decirla: «Señora, no se moleste Vd. en salir, que la reina ha perdonado al reo.» Y la señora de López haciendo un gesto que parecía quererse tragar a la reina, se volvió atrás exclamando:-¡Qué fastidio!
Cuando D. Lesmes penetraba en la cámara regia, las piernas le temblaban como campanillas temiendo ver a la Muerte a la cabecera de la cama del augusto enfermo, en cuyo caso, como hay Dios, había hecho buen viaje!
Sus temores no eran infundados, porque apenas entró, lo primero que se echó a la cara fue a la Muerte, que estaba agazapada a la cabecera de la cama para lanzarse sobre el rey como el gato que se agazapa junto al agujero para lanzarse sobre el ratón.
El alma se le cayó a los pies a D. Lesmes al verla; pero repuesto un poco de su desmayo, tuvo de repente una idea luminosa de esas que inspira el hambre, su eterna compañera.
-¿Cómo se encuentra V. M.? preguntó al rey.
-Mal, rematadamente mal, contestó el enfermo hecho un veneno. Ya te puedes dar prisa a aliviarme un poco, porque si no ya a haber aquí una catástrofe de cinco mil demonios.
-Tenga V. M. un poquito de cachaza, que todo se andará si la burra no se para. Por de contado, que vengan aquí cuatro mozos de cordel.
-¿Qué barbaridad vas a hacer conmigo, hombre? exclamó el rey sobresaltado.
-No hay barbaridad que valga. Que vengan cuatro mozos he dicho.
Cuatro mozos de cordel aparecieron inmediatamente en la cámara.
-Cojan Vds. esa cama, les dijo D. Lesmes, y colóquenla al revés, o, lo que es lo mismo, la cabecera donde están los pies, y los pies donde está la cabecera.
Los mozos lo hicieron así, y la Muerte se encontró sin saber cómo ni cuándo a los pies de la cama en lugar de estar a la cabecera. D. Lesmes miró con aire de triunfo a la Muerte, y conociendo en los gestos de ésta que le decía:«¡Amigo, me has hecho una pillada que yo no esperaba de ti! « D. Lesmes se llevó la mano a la barriga como contestándole: «Señora, Vd. perdone, que el hambre aguza el entendimiento y endurece el corazón.»

La Muerte iba a mandar un recado a su jefe a ver si le permitía inutilizar la jugarreta de don Lesmes, volviéndose a colocar a la cabecera de la cama del enfermo; pero desistió de ello asaltada por una idea luminosa que a su vez tuvo cuando Tragaldabas se tocó la barriga. También el hambre inspiró aquella idea a la Muerte, que siempre tiene hambre de carne.

-¿Sabes, dijo el augusto enfermo, que me siento mucho mejor desde que me han puesto al revés la cama? Es verdad que los reyes estamos tan acostumbrados a que nos lo pongan todo al revés.....

-Pues qué, ¿creía V. M. que yo no sé dónde les aprieta el zapato a los reyes? Donde a los reyes les aprieta el zapato es en el pie de los calafates que andan a su lado.

-Y lo más raro es que nosotros y el pueblo cojeamos y ellos andan tan campantes.

-Déjese V. M. de conversación y que le traigan un ensopadillo de lonjas de jamón y medio cuartillete de buen Valdepeñas.

-¿Y crees tú que no me hará daño?

-¿Daño el jamón y el vino? Hombre, no diga V. M. barbaridades. Para que V. M. se convenza de que estoy seguro de que no hace daño, voy a comer y beber de lo mismo.

-Sí, pero.....

-No hay pero que valga. Para probar que mis medicinas no son nocivas, me atraco yo de ellas antes que el enfermo, como voy a hacer ahora mismo, y estamos al fin de la calle.

-Pero como tú no estás enfermo.....

-Cierto que no lo estoy; pero en cambio vuestra magestad sólo va a tomar unas raspas de jamón y un sorbo de vino y yo me voy a poner de uno y otro como una pelota.

-En fin, venga el esopadillo y el trago sin necesidad de que tú lo pruebes antes.

-¿Cómo que no lo he de probar? Lo que yo prometo lo cumplo. ¡Pues no faltaba más, hombre! Con permiso de V. M. voy al comedor, y hasta que yo no me ponga de jamón y vino que lo alcance con el dedo, no consentiré que a V. M. le traigan su ración. Para que aprovechen las medicinas se han de tomar con fe y para que V. M. la tenga en la que yo le he recetado, lomejor es que vea lo provechosa que a mí me ha sido.

Tragaldabas bajó al comedor, y tal se puso el cuerpo de jamón y vino, que todos pensaron iba a dar un estallido. En seguida subió su ración al rey, que se la echó al coleto con tanta más fe, cuanto que veía al médico más alegre que unas pascuas y más colorado que un tomate

D. Lesmes se volvió a acordar en aquel instante de la Muerte, de quien se había olvidado mientras comía, olvido en que incurren todos los glotones, y por más que miró y remiró no la vio en la real cámara, lo cual era prueba evidente de que el rey se había salvado.

Pocos días después, el rey estaba completamente restablecido de su grave enfermedad y señalaba a D. Lesmes una pensión vitalicia de diez mil duretes al año en recompensa del servicio de padre y muy señor mío que le había prestado.

- VI -

Con motivo de la asombrosa facilidad con que D. Lesmes había salvado de la muerte al rey, que ya la tenía al ojo, a D. Lesmes le llovían las visitas, porque ¡cómo no había de aprovechar a los vasallos lo que había aprovechado al rey! La fuente del Berro es casi la peor que hay en Madrid y sus cercanías; como que sus aguas, aunque abundantes, claras y frescas, son tan duras que para digerirlas se necesita tener una de estas dos cosas: o estómago de perro o costumbre de beber de ellas u otras semejantes. Y, sin embargo, el público las tiene por las mejores de Madrid y sus cercanías por la única razón de que las bebían los reyes (y volverán a beberlas). Cuando Carlos III vino a Madrid, como estaba acostumbrado a las aguas de Nápoles, que son gordas, le sentaron mal las de Madrid, que son delgadas. Buscáronse aguas

Librodot

que se pareciesen todo lo posible a las de Nápoles, y como el rey probase las del Berro y le sentasen bien, continuó bebiéndolas, y desde entonces aquella fuente vino surtiendo a Palacio, porque acostumbrada la familia real a sus aguas, le sentaban al parecer bien. El Público, que veía todos los días conducir a Palacio, en relucientes cántaros, el agua de la fuente del Berro, cuya injusta reputación prueba que en la corte la frescura y no el verdadero mérito es lo que priva, cree que la fuente del Berro es un prodigio, y el público que veía conducir todos los días a Palacio en relucientes carrozas a D. Lesmes, creía que D. Lesmes era también un prodigio de ciencia médica. A pesar de esto, las visitas no le daban a Tragaldabas para matar el hambre, que cada vez era más devoradora.

-Está visto, decía para sí D. Lesmes, que no me veré harto hasta el día que cobre la primera mesada de mi pensión. Lo que es ese día, ¡juro a bríos Baco que me he de poner bueno el cuerpo!

Lo que tenía inquieto a D. Lesmes era la Muerte, porque no era tan lerdo que no sospechase que aquella señora le preparaba alguna emboscada en venganza de la partida serrana que le había jugado en Palacio.

Algunas personas que la vieron en las fondas, tabernas, casas de juego, etc., etc., que eran los sitios que más frecuentaba, notaron que se ponía hecha un veneno cuando le hablaban de D. Lesmes, y luego se sonreía siniestramente como diciendo: «Dejen Vds. por mi cuenta a ese Tragaldabas, que no tardará en pagármelas todas juntas.»

Por fin llegó el gran día para D. Lesmes: el día de pescar la primera mesada de su pensión.

Aquel día se dio tal atracón, que reventó de lleno antes de levantarse de la mesa, y al cerrar por última vez el ojo, vio a su lado a la Muerte, que le dijo con un tono capaz de matar a un caballo:

-¡Pensabas, pedazo de animal, que a los médicos les es lícito jugar con la Muerte! Pues te equivocabas de medio a medio, que a los médicos sólo les es lícito jugar con la Vida.

La moral de esta narración, en que la Muerte no desperdicia ocasión de morder a los médicos, es que los médicos como Dios manda hacen muy mal tercio a la Muerte, y por consiguiente son utilísimos a la humanidad.

Conque, señores médicos, a ver si Vds., a fuerza de agradecidos, se esmeran en la asistencia del autor de esta narración, que es el pueblo. Por lo que a mí hace, declaro que si Dios me hubiera dado siquiera una pizca de la gracia y la malicia que se necesitan para cultivar la sátira, la emplearía para satirizar a los curanderos titulados, que son aún más numerosos que los titulados curanderos.

FIN DE TRAGALDABAS.

El primer pecado

- I -

¿Quién no recuerda haber oído a su madre la historia de un gran criminal que empezó su triste carrera robando un alfiler y la terminó muriendo ajusticiado en un patíbulo? Historia muy parecida a la de este desdichado es la del pueblecito de San Bernabé, sobre cuyas solitarias

ruinas, cubiertas de zarzas y yezgos y coronadas con una cruz, como la sepultura de los muertos, me la contaron una melancólica tarde a la sombra septentrional de la cordillera pirenaico-cantábrica.

- II -

En una de aquellas colinas, pertenecientes al noble valle de Mona, hoy perteneciente a la provincia de Burgos, aunque la naturaleza y la historia le hicieron hermoso y honrado pedacito de Vizcaya; en una de aquellas colinas que se alzan entre Arceniega y el Cadagua, dominadas por la gran peña a cuyo lado meridional corre ya caudalosísimo el Ebro, existía desde el siglo VIII un santuario dedicado al apóstol San Bernabé.

Este santuario era uno de los muchos que hay desde el Ebro al Océano, separados por un espacio de diez leguas, debidos a la piedad de aquella muchedumbre de monjes y seglares que se refugiaron en aquellas comarcas cuando los mahometanos invadieron las llanuras de Castilla y se detuvieron en la orilla meridional del gran río sin atreverse a pasar a la opuesta, en cuyas fortalezas naturales los esperaban amenazadores y altivos los valerosos cántabros, reforzados con los fugitivos de Castilla.

Mientras la guerra fue el estado normal de la Península ibérica, las comarcas de aquende el Ebro (escribo orilla del Océano cantábrico) se vieron casi despobladas, porque sus moradores, ya movidos por su carácter belicoso, que no pudo domar por completo la soberbia Roma, como lo prueba aún la existencia de la lengua ibérica, que aquí no cedió el puesto a la romana, corno en el resto de la Península, o ya obedeciendo a sus particulares instituciones, en vez de manejar la esteva y la azada, manejaban la ballesta y la lanza.

Cuando con la completa espulsión de los mahometanos de la Península hispánica, casi señoreada por ellos por más de siete siglos, y más tarde, con la institución de los ejércitos permanentes y la regularización de las relaciones internacionales, la guerra dejó grandes períodos de descanso y respiro a España, estas comarcas vieron aumentar notablemente su población, antes tan mermada, que aun a fines del siglo XVI se hizo constar en un documento oficial y solemne que en Vizcaya, cuyo número de habitantes apenas pasaba de sesenta mil, existían diez mil viudas, cuyos maridos habían muerto en defensa de la patria. La patria, por cuya gloria habían dado la vida diez mil vizcaínos, era Castilla, era España, cuyas glorias y tribulaciones siempre tuvo Vizcaya por tribulaciones y glorias propias, así mientras no la ligaban a ella más vínculos que los de la hermandad y la fe, como desde 1379 en que se incorporó a la corona de Castilla, por haber ascendido al trono castellano sus señores condicionalmente hereditarios.

- III -

Cuando en tiempos relativamente muy próximos a los nuestros, la población de aquende el Ebro crecía, crecía de modo que no quedaba vallecito al pie de las montañas, ni rellano en las faldas y aún en las cimas de estas que no fuese utilizado para la población y el cultivo, llegó al santuario de San Bernabé, entonces solitario y aislado en la cumbre de una colina, un peregrino, cuyo cuerpo estaba lleno de cicatrices, adquiridas luchando valerosamente por la gloria de su patria, España, en los campos de Flandes o en los mares ausónicos. Era un soldado cántabro que había prometido al Apóstol visitar su santuario si tornaba a ver las amadas montañas de la patria.

Decidido a trocar la azarosa e inquieta vida del soldado por la segura y pacífica del labrador, que había sido la de su primera juventud y se aviene mejor con la edad provecta, pidió con ardiente fe al santo apóstol que iluminase su inteligencia al escoger el rincón del mundo

Librodot

donde, con más honra de Dios y de la sociedad civil, había de pasar el resto da su vida; y como, al salir del templo, echase de ver que a la sombra de éste se estendían, primero en suave declive, y luego en apacible llano, terrenos incultos, soleados y cubiertos de una espesa capa de mantillo vegetal, que prometían pingües cosechas de cereales, legumbres, frutas y vino, entendió que aquel era el sitio que el apóstol le designaba para la erección de su hogar.
Apoyado en las leyes que aseguraban la propiedad de los terrenos incultos y no enajenados, a sus roturadores, quebrantó algunas aranzadas de terreno, y tales resultados obtuvo de este trabajo, que en seguida labró una casería en la cabecera de las nuevas roturas y casó con una honrada doncella de aquella comarca que dio calor a su corazón y su hogar.
Pocos años después, San Bernabé era un pueblecito de veinte fogueras cuya prosperidad envidiaban todos los de la comarca.

- IV -

En verdad, en verdad os digo que los vecinos de San Bernabé eran dignos de ser envidiados. Aldea tan sana y alegre y rica y feliz como aquella no existía desde el Ebro al Océano cantábrico, donde ya existías tú, ¡oh, mi dulce aldea nativa! que si nunca has sido rica, siempre has sido sana y alegre y relativamente feliz, menos cuando la guerra que Dios y los hombres maldigan ha estendido, corno ahora sucede, sus negras alas sobre ti.
San Bernabé tenía cirujano propio, porque no se dijera que cuando Dios colmaba de prosperidades al pueblo, éste trataba de escatimar algunos miles de reales; pero lo cierto era que el cirujano se aburría por no saber en qué pasar el tiempo, pues allí sólo se conocía una enfermedad, si bien tan grave que no tenía cura: esta enfermedad era la vejez, que en San Bernabé no solía notarse hasta los setenta años.
Únicamente abundaban en el pueblo los partos, porque las sambernabesas eran las pícaras muy fecundas; pero aun así se aburría el pobre facultativo, porque como las mujeres eran muy sanas y robustas, al día siguiente de parir estaban como si nada hubiera sucedido. En golpes de mano airada no tenía que pensar, y esto tenía una explicación muy lógica y sencilla: dice el refrán que donde no hay harina todo es mohina, o, lo, que es lo mismo, todo es trancazos; y como en San Bernabé no había casa donde la harina no sobrase, todos vivían como hermanos y jamás en la aldea había un quítame allá esas pajas.
Los campos, que por término medio suelen dar de peñas arriba el diez por uno de cereales, daban en San Bernabé el diez y seis o veinte.
Luego, como en torno de la colina en que ser alzaba la aldea, coronada por su iglesita románico-bizantina, con remiendos ojivales, se estendían dilatados encinares, con cuya bellota se cebaban centenares de cerdos, y dehesas no menos dilatadas, donde millares de ganados reventaban de gordos todo el año, el vecino más pobre tenía cuanto jamón, cecina, carne fresca y lecho necesitaba para el gasto de la casa, y cada año sacaba un dineral del sobrante.
El vino que se cosechaba en San Bernabé era flojito, pero el pícaro se dejaba beber que era una delicia, y alegraba sin emborrachar, que es lo que deben hacer los vinos como Dios manda.
En cuanto a la abundancia y calidad de las frutas de San Bernabé, bastará decir en su elogio que desde que coloreaba la primera cereza hasta que lloraba el último higo, todos los pájaros de ambas orillas del Ebro trasladaban su residencia a San Bernabé, donde a todas horas armaban una música que arruinaba y desacreditaba a los tamborileros. Solamente la miel que exportaban los sambernabeses importaba muchos miles al año, porque era tan abundante como rica, merced a la abundancia de flores y plantas aromáticas que embalsamaban en todo tiempo aquel paraíso.

Librodot

- V -

Pues si la abundancia reinaba en todas las casas de San Bernabé, ¡no digamos nada de la que reinaba en la depositaría del municipio!
Los gastos de éste eran relativamente enormes, porque cirujano, escuelas de ambos sexos, alguacil, pastor, guarda de campo, sereno, todos estaban espléndidamente dotados. Y en obras públicas, tales como el empedrado de la única calle de la aldea, la compostura y conservación de paseos y caminos y limpieza del riachuelo para que sus aguas no se
estancasen y produjesen tercianas, se gastaba un sentido.
Aun así, la depositaría municipal rebosaba siempre dinero, y eso sin necesidad de repartos vecinales, sisas ni arbitrios de ninguna clase: en un solo día del año, con un módico lucro en la venta del vino y otros artículos foráneos, que se reservaba para ese día el ayuntamiento, sacaba este recursos más que sobrados para todas sus obligaciones. Este día era el del santo titular, que se celebraba el once de junio, en la estación de las flores y las cerezas.
Ya desde tiempo inmemorial era muy concurrida la romería de San Bernabé; pero el ayuntamiento del pueblo había encontrado medio de llevar a ella la cuarta parte de los habitantes de las provincias de ambas orillas del Ebro, y este medio consistía en la preparación de magníficas funciones de iglesia, toros (¡ya pareció aquello!), comedias, fuegos artificiales, partidos de pelota, bailes, rifas a favor de los forasteros, músicas y fuentes públicas de vino y leche, cuyo programa se fijaba con la debida antelación en el pórtico de todas las iglesias de los pueblos comarcanos.
El dinero que dejaban en San Bernabé los forasteros que acudían a estas fiestas, bastaba para enriquecer a los vecinos en particular y al ayuntamiento en general.

- VI -

Para que todo fuese dicha en San Bernabé, aquella aldea hasta tenía la de que los pedriscos que desolaban todos los veranos los campos de los lugares cercanos, no tocasen los suyos. Y esto se debía a la sabia previsión de los sambernabeses.
Los curas de Biergol, pueblecillo de aquella comarca, tenían desde tiempo inmemorial fama de singular virtud para conjurar los nublados y la oruga, como consta en el archivo municipal de Balmaseda, cuyo ilustre y progresista hijo (o poco menos, pues nació en Carranza y se crió en Balmaseda), el difunto D. Martín de los Heros, muy dado a este género de investigaciones históricas, averiguó que la noble villa debió infinitas veces a aquella virtud la salvación de sus amados viñedos.
Los sambernabeses, que no tenían pelo de tontos, se empeñaron en que se habían de hacer con un señor cura natural de Biergol, costase lo que costase, que en cosas tan santas y útiles no se debía escatimar dinero, y se salieron con la suya, aunque no había en el mundo más que un señor cura natural de Biergol.
Esta adquisición les dio soberbios resultados. Asomaba la tempestad, rugiendo como un león y negra como el pecado, por las cimas de Ordunte o el Cabrío, o Angulo, o Gorbea, o Colisa, o Pagazarri, y el Sr. D. José, que así se llamaba el cura biergolano, se encaraba con ella hisopo en mano desde el campo de la iglesia mientras el sacristán tocaba a tente-nube, como diciéndole: ¡anda, chiquita, atrévete a venir acá, que ya nos veremos las caras! La tempestad bramaba de coraje ante aquel desafío, y avanzaba, avanzaba echando rayos y centellas y piedras y demonios colorados sobre los campos de los lugares cercanos a San Bernabé; pero antes de llegar a la jurisdicción de esta aldea, se paraba palpitante de ira, lanzaba el trueno gordo para desahogarse un poco, daba media vuelta a la izquierda o

Librodot

a la derecha de San Bernabé y continuaba su camino mientras los sambernabeses seguían al señor cura a la iglesia para entonar el The-Deum por la victoria obtenida sobre el monstruo que amenazaba sus fértiles y benditos campos.
Sólo un pesar lastimaba a los felices sambernabeses, y era la envidia que les tenían los habitantes de los pueblos comarcanos, y singularmente los de Biergol, que, según sus sospechas, andaban siempre sonsacando al señor cura, su paisano, para que se volviese a su pueblo, que no tenía la dicha de poseer un señor cura natural del mismo.

- VII -

Describamos de cuatro plumadas la población de San Bernabé para que así se comprenda mejor lo que en ella pasó.
De la iglesia parroquial se podía decir lo que se decía de una casita de recreo que hicieron unos amigos míos cuya estatura venía a ser la de un perro sentado:-¡Han hecho Vds. una casa muy linda! les decíamos un día contemplando el nuevo edificio. -Chiquitita, contestó modestamente uno de los dueños. -Pero para Vds. bastante, les replicamos. La iglesia de San Bernabé era chiquitita, pero para el pueblo, bastante. Como he dicho, coronaba la colina dominando las montañas de las Encartaciones de Vizcaya y gran parte de los valles de Mena, Tudela y Ayala. Un gran campo sombreado de seculares encinas, cerezos y nogales, a cuyo pie había asientos de piedra y una gran mesa de la misma materia para los ayuntamientos abiertos, remates y otros actos de la comunidad, rodeaba la iglesia, prolongándose en semicírculo por el declive oriental de la colina como para buscar la calle de la aldea que estaba hacia aquel lado y empezaba donde el campo concluía.
A un estremo de esta prolongación estaba la casa consistorial, cuyo piso bajo ocupaban las escuelas y la habitación del maestro y la maestra, que eran marido y mujer; el principal, la sala y otras dependencias municipales, y el superior, las habitaciones del alguacil y otros dependientes del concejo.
Al estremo opuesto estaba otra casa de dos pisos que ocupaban el señor cura y el sacristán y el cirujano. por último, las veinte casas restantes, entre las cuales, se distinguía por su escudo de armas, su gran balcón y su venerable aspecto de antigüedad la de los descendientes del poblador de San Bernabé, formaban una ancha calle de diez en cada hilera, con medianería de hermosos huertecillos, en el declive oriental de la colina y empezando, como he dicho, donde concluía el campo y terminando donde empezaban las heredades que circuían toda la colina y descendiendo al llano, se dilataban por él, formando corta, pero fertilísima vega.
Para acabar con descripciones que siempre son pesadas, y más hechas por plumas tan a la buena de Dios como la mía, dos rengloncitos que den a conocer al señor cura, aunque bastante se dará él a conocer durante esta verídica narración en que lo único que tengo que inventar es el modo de decir las cosas un poquito mejor que las dice la gente de quien las averiguo. El señor cura de San Bernabé era lo que en el lenguaje familiar llamarnos un bendito; tenía en el corazón el máximum de la fe y la bondad que se necesitan para ascender al cielo y en la cabeza el mínimum de la inteligencia que se necesita para ascender al sacerdocio.

- VIII -

Era una tarde del mes de julio, y los vecinos de San Bernabé andaban muy ocupados con la siega del trigo y con lo resalla (o rescarda) del maíz. El sol se escondía ya tras las cordilleras de Ordunte, rojo como la zamarra que voltean bajo el enorme mazo los ola-guizones del Cadagua.

Librodot

El señor cura, que compartía las caiditas de las tardes de verano entre un hermoso loro que tenía siempre en el balcón y un desportillado breviario que tenía siempre en el bolsillo, hizo una caricia al loro, y saliendo al campo, se sentó al pie de una encina a leer su breviario.
Una mujer pasó, viniendo de hacia las heredades, y entre ella y el señor cura se entabló el diálogo siguiente:
-Buenas tardes, señor D. José.
-Buenas te las dé Dios, Juana. ¿Vas ya de retirada, eh?
-Sí, señor, voy a preparar la cena, porque aquellos pobres ya tendrán gana.
-¡La siega es trabajo muy pícaro!
-Calle Vd., señor, si al cabo del día tronza el espinazo y los brazos, y más aquí que pesa tanto la espiga.
-Este año parece que está bueno el trigo.
-Como todos los años. ¡No parece sino que Dios derrama todas sus bendiciones sobre San Bernabé!
-¡Es lástima que no conceda igual beneficio a los pobres pueblos inmediatos!
-Ande Vd., señor, que bien merecido lo tienen por envidiosos.
-Mujer, no digas eso.
-¿Y por qué no lo he de decir? ¡Ay, señor don José, ya se conoce que Vd. no es del pueblo!
-¿También tú sales con esas chocheces? Para el sacerdote todos los pueblos son uno, porque todos los hombres, vivan donde vivan, son hijos de Dios, y, por consiguiente, hermanos.
-Sí, pero a cada uno le tira su pueblo más que los otros, como le sucede a Vd.
La mujer continuó su camino, y poco después, de la chimenea de su casa se alzaba una azul humareda. Sucesivamente fueron pasando otras mujeres, teniendo parecida conversación con el señor cura, y sucesivamente fue alzándose el humo de todas las chimeneas.

- IX -

El sacristán atravesó el campo dirigiéndose a la iglesia y tocó a la oración. Ya entonces conversaban con el señor cura algunos vecinos que iban llegando de las heredades y se iban sentando bajo las encinas para descansar y charlar un poco y echar una pipada, mientras en su casa se preparaba la cena.
-El señor cura, al oír el toque de la campana, se levantó, se descubrió la cabeza y todos le imitaron.
Rezadas las Ave-Marías, que dirigió el señor cura, todos volvieron a sentarse, a fumar y a charlar.
Poco a poco fueron llegando otros vecinos, hasta reunirse allí casi todos los de la aldea.
Hacia el camino del monte, que subía dando rodeos por la falda occidental de la colina, sonaron cencerrillos de ganado, y un momento después aparecieron en el campo todas las cabras y ovejas del pueblo, que en verano dormían al aire libre en dos grandes rediles, colocados, el de las ovejas, delante de la casa del señor cura, y el de las cabras, delante de la casa del concejo.
Las cabras eran todas blancas, como generalmente lo son aún las de aquella comarca, menos una que era negra como la mora. Esta cabra llamó la atención de los sambernabeses.
-¡Calla! dijo uno de ellos, esa cabra es forastera.
-De juro, asintieron otros.
-¡Hombre, qué gorda y hermosa es!
-¿De dónde es esa cabra negra, pastor?
-Ella, contestó el pastor, forastera es, pero no sé de donde, porque en el monte se han reunido hoy con las nuestras las de Biergol y otros lugares que las tienen blancas, negras y pintas.

Librodot

Al día siguiente, a la misma hora, la misma cabra apareció en el mismo sitio entre las de San Bernabé, y suscitó la misma o parecida conversación.
Al otro día sucedió lo propio.
-Por lo visto, dijo uno de los vecinos, la cabra negra se ha empeñado en ser sambornabesa.
-¡Y qué alhaja es! ¡Hombre, si revienta de gorda!
-¿Saben Vds. que para una merienda entre todos los vecinos del pueblo, a la caidita de la tarde, en la mesa del concejo, era a pedir de boca?
-¡Escelente idea!
Los sambernabeses tenían en aquel instante flojo el estómago, y ya se sabe que esta flojedad inspira las ideas más atrevidas y pecaminosas.
¡Cuántas gloriosas revoluciones políticas han sido inspiradas por la flojedad de estómago!

- X -

-¡No digan Vds. disparates! replicó el señor cura disgustado de que aún en broma tratasen gentes cristianas y honradas de apropiarse lo ajeno.
-Vd. ha de perdonar, señor cura, le contestó uno de los vecinos; pero no me parece ningún disparate el que nos comamos en amor y compañía una cabra que no tiene dueño.
-¿Y quién les dice a Vds. que no le tiene?
-Cuando nadie la reclama, claro está que no le tiene.
-En ese caso también se dirá que no tiene dueño el bolsillo lleno de dinero que uno se encuentra en un camino, y, sin embargo, no puede uno disponer de ese dinero aunque su dueño no lo reclame.
-¿Que no? ¡Ave-María Purísima! ¡Nunca oí otro tanto! ¡Diga Vd. que yo me encontrara mañana un par de docenitas de onzas, y vería usted si disponía o no de ellas! Lo que se pierde es del que lo encuentra.
-Lo que se pierde es del que lo ha perdido. La Sagrada Escritura dice: «Si encontrares buey u oveja de tu prójimo, devolvérselo debes.»
-Pero venga Vd. acá, señor cura, y dígame una cosa. Si mañana u otro día se va una cabra de las nuestras... pongo por caso, con las de Biergol, y los do Biergol ven que pasan días y más días sin reclamarla su dueño, ¿cree Vd. que no se la comerán?
-Harán muy mal si se la comen.
-Pero se la comerán.
-¡Claro está! exclamaron todos los vecinos.
-Pues yo digo que está turbio, replicó cada vez más incomodado el señor cura, levantándose de su asiento.
-Nada, nada, mañana si Dios quiere, que es domingo, a la caidita de la tarde, hacemos en la mesa del concejo una merendona con la cabra negra.
-No harán Vds. semejante picardía.
-¿Pero por qué no, señor cura?
-Porque sería faltar a los Mandamientos de la ley de Dios.
-¡Cá! repuso con maliciosa sonrisa uno de los vecinos, no es por los Mandamientos por lo que el señor cura se opone a que nos comamos la cabra; es porque sospecha que la cabra es de Biergol.
-Justo, por eso es, asintieron todos los demás.
-Ya me tienen Vds. harto con tan ruines sospechas. Pero ¡no sean Vds. tercos, hombres de Dios! Si quieren tener mañana una merienda, ténganla como Dios manda, pagándola a escote, que gracias a Dios en San Bernabé no hay quien no pueda permitirse ese despilfarro.
-¡A escote! Eso no tiene gracia. La gracia está en que merendemos sin costarnos un cuarto.

-¿A costa del vecino, no es verdad?
-¿Del vecino, eh? ¡Ahí, ahí es donde le duele al señor cura!
El señor cura no pudo aguantar más. Viendo que no hallaba medio de convencer a aquellos tercos, tomó el camino de su casa después de dejarles esta especie de triste profecía:
-Harán Vds. la picardía que se les ha puesto en la cabeza; pero no la harán impunemente. San Bernabé ha sido hasta aquí un pueblo feliz y próspero, porque hasta aquí había sido un pueblo justo y honrado; pero tengan Vds. entendido que los individuos, las familias y los pueblos empiezan a ser desgraciados allí donde empiezan a ser injustos. El primer pecado, por pequeño que sea, es como la bola de nieve, que por pequeña que sea va creciendo, creciendo y aplasta una ciudad.
Los sambernabeses se pusieron un poco pensativos al oír estas palabras pronunciadas de tal modo que parecía animar al señor cura el espíritu profético que vaticinó la ruina de la ciudad deicida; pero como uno de ellos exclamase al fin:
-¡Qué demonios! dejémonos de escrúpulos de monja y merendemos mañana la cabra negra.
-Sí, sí, asintieron casi todos, mañana caerá al rededor de la mesa del concejo, con ayuda de un pellejo de vino que pagaremos a escote.
Y, en efecto, al día siguiente la cabra se merendó entre todos los vecinos en el encinar de la iglesia, con gran algazara y salvas de cohetes y escopetazos y burlescos brindis a los lugares inmediatos, y particularmente a Biergol.
Entre tanto, el señor cura pedía a Dios en la iglesia que no tomase en cuenta la obstinación con que aquellas gentes, hasta allí tan justas y honradas, quebrantaban uno de sus Mandamientos cometiendo el primer pecado.

- XI -

Una tarde de Agosto, justamente un mes después que los sambernabeses se merendaron la cabra negra, estaba agonizando un anciano de San Bernabé, y el señor cura le prodigaba los consuelos de la religión.
Allá, sobre las cumbres de Ordunte, se ponía oscuro, oscuro el cielo, brillaba el relámpago y rugía la tempestad.
Era la una de la tarde, y los labradores dormían la siesta en sus casas, esperando que en la torre de la iglesia sonasen las dos para volver a sus heredades.
La tempestad se iba acercando, como que se cernía ya sobre los campos de Nava, Jijano y el Berron; pero nadie curaba de ella en San Bernabé acostumbrado como estaba el vecindario a que el señor cura diese buena cuenta de ella con sus conjuros.
Sin embargo, un grito de horror y asombro resonó en todas las casas al sentir sus moradores el estallido de un rayo que partió la mesa del concejo y derribó la encina que la cobijaba y al sentir el ruido de una nube de piedras como nueces que rompía las tejas y los cristales de las casas y destrozaba el ramaje de los frutales de los huertos.
En el momento en que la terrible tempestad se alejaba de San Bernabé, el señor cura salió de la casa del moribundo, entró en la iglesia y tocó a muerto. ¡El anciano a quien auxiliaba acabó de espirar!
Los vecinos salían de las casas, y dirigiendo la vista a la vega desde las cercanías de la iglesia, prorrumpían en lágrimas y gritos de desolación: era porque el terrible pedrisco había asolado completamente los campos de San Bernabé. ¡Todo: maizales, viñedos, parrales, frutales, colmenares; todo, todo había sido destruido! Hasta el ganado menudo que pastaba en el campo había sido muerto por el pedrisco.
Muy pronto los lloros y lamentaciones se trocaron en gritos de indignación y amargas reconvenciones dirigidas al señor cura porque no había conjurado la tempestad.

Librodot

En vano el señor cura hizo presente al vecindario que no merecía tales reconvenciones, porque un deber sacratísimo superior a todo interés humano le había detenido al lado del moribundo, que le pedía no le abandonase en el momento supremo; no faltó quien malévolamente observase que si el señor cura no había conjurado la tempestad, había sido por temor de que retrocediese y diese la vuelta por Biergol, cuyos campos se habían librado de ella a costa de los de San Bernabé y gracias a aquella picardía del señor cura.
Esta insensata idea encontró acogida en el vecindario e indignó de tal modo al señor cura, que éste creyó rebajar su dignidad descendiendo a rechazar semejante absurdo.

- XII -

Pocos días después de la tempestad, otra tempestad cayó sobro San Bernabé, a pesar de que el señor cura hizo grandes esfuerzos para conjurarla. La cabra merendada por los sambernabeses pertenecía al lugar de Biergol, cuya comunidad poseía un rebaño de cabras conocido con el nombre de rebaño del concejo. Sabedores los biergoleses de que los de San Bernabé se habían merendado la cabra con acompañamiento de brindis provocativos, entablaron demanda contra ellos, a pesar de que el cura de San Bernabé, su paisano, hizo cuanto pudo para disuadirlos de semejante paso y aun se comprometía a pagar de su bolsillo la cabra merendada.
Los sambernabeses creyeron absurdamente que aquélla era cuestión de amor propio y no de dinero, y juraron que los biorgoleses no habían de ver un cuarto por la cabra, porque todo, todo era envidia y solo envidia que Biergol tenía desde muy antiguo a San Bernabé.
El pleito siguió corriendo instancias y más instancias y haciéndose interminable, con gran contento de la curia, que sacaba las entrañas.....del bolsillo a los sambernabeses.
No era éste el único filón de la mina de San Bernabé que esplotaba la curia: apenas había allí casa que no tuviera algún individuo preso en la cárcel del valle de Mena por quimeras tenidas con los de los pueblos comarcanos. La causa de estas quimeras era también la maldita cabra negra con tanta alegría merendada por los sambernabeses.
No iba uno de estos por ninguna parte del valle de Mena, de Losa, de Tobalina, de Álava, de Vizcaya, de la Montaña y aún del lado meridional del Ebro, sin que tuviera que escoger entre armarse de la paciencia de Job o armarse de una estaca y empezar a estacazos contra todo bicho viviente, porque eran capaces de cargar a Cristo padre las bromas que a cuenta de la condenada cabra negra se daban en todas partes a los pobres sambernabeses.
-¿De dónde sois? les preguntaban.
-De San Bernabé.
-¡Beeee! berreaban entonces los preguntadores, y ya estaba armada la paliza.
Por cerca de la colina de San Bernabé atravesaba una calzada que iba a la villa de Arceniega y continuaba por el valle de Ayala a Orduña. No pasaba por ella hombre ni mujer que al dar frente a San Barnabé no se desgañitase a balar de la manera más provocativa, sin que sirviesen de
escarmiento las palizas que con frecuencia arrimaban los sambernabeses a los baladores.
Estas bromas iban ya siendo una pesadilla insoportable para los vecinos de San Bernabé, tanto que no se podía pronunciar delante de ellos el nombre de su pueblo o el del santo que al pueblo daba nombre sin que se les figurase que intencional y malignamente se había prolongado la terminación de aquel nombre.
El mismo señor cura había tenido muchas veces el disgusto de oír en la iglesia murmullos de desaprobación cuando pronunciaba el nombre del santo titular, y aquellos murmullos procedían de que los suspicaces
sambernabeses habían creído notar que el señor cura duplicaba la e final del nombre del santo.
Más, aunque parezca increíble y exagerado: hasta las ovejas y las

Librodot

cabras eran ya insoportables a los obcecados sambernabeses, que no podían tolerar sus inocentes balidos, y con frecuencia sucedía una cosa que daba más y más pábulo a las burlas y chacota de los habitantes de aquella comarca.
Oían los sambernabeses un coro de balidos en los sombríos encinares que rodeaban la vega; corrían a los encinares armados de escopetas y bramando de indignación, y se encontraban con que los balidos que tanto habían irritado su bilis eran los de las cabras y las ovejas de la aldea.

- XIII -

Una nueva calamidad vino muy pronto a aumentar y agravar las que ya afligían a San Bernabé, antes tan feliz y tranquilo: como el arca común había quedado sin un cuarto con el interminable pleito con los de Biergol, y no había que pensar en repartos al vecindario, porque este estaba ahogadísimo con la pérdida total de las cosechas del año anterior, causada por el pedrisco y con los procedimientos judiciales que se seguían particularmente contra los vecinos, se había descuidado la limpia del riachuelo que corría por la vega, y estancadas las aguas, tanto en el cauce del río, como en las zanjas de las heredades, a donde se corría en tiempo de avenidas, las aguas se habían corrompido, y la aldea de San Bernabé, antes tan sana, estaba infestada de calenturas malignas que diezmaban al vecindario y tenían convertidas en espectros a aquellas gentes, en otro tiempo tan robustas que causaban el asombro y la envidia de los viajeros.
Pero no paraban en esto las desgracias que afligían a San Bernabé: la discordia reinaba entre sus moradores, tan fraternalmente unidos hasta el día en que se merendaron la cabra negra.
Estas discordias tienen una esplicación muy sencilla, aunque fuese poco racional la causa de ellas; esta causa era, en primer lugar, la falta de harina, que lo convertía todo en mohina, y en segundo, el empeño que todos tenían en atribuir al vecino la idea de la merienda, que con razón se creía ser origen providencial de todas las calamidades y desgracias que pesaban sobre la aldea.
-¡Maldita sea la tal merienda y maldito el hijo de cabra a quien le ocurrió la idea de que merendáramos la de Biergol! exclamaba cualquier vecino, lamentando las desgracias que la merienda había traído.
Y... que si fuiste tú, que si no fui yo, que si Fulano dijo esto, que si Mengano dijo lo otro, todos querían cubrirse con la túnica de la inocencia y endosar al vecino la hoja de higuera, y de aquí nacían enemistades, y chinchorrerías y linternazos que tenían infernado el pueblo.
Luego, como todos los sambernabeses habían concebido tan irracional prevención contra el señor cura por más que éste hiciera heroicos esfuerzos de paciencia y persuasión para vencerla, hasta los consuelos de la religión faltaban en gran parte a aquellos desgraciados, que tenían la debilidad de creer que el señor cura mezclaba con las santas funciones de su ministerio las rencillas y miserias de que ellos tenían lleno el corazón.
Un consuelo, una esperanza quedaba, sin embargo, a los sambernabeses.
Por fin, decían, la fiesta de San Bernabé se acerca, y entonces saldremos de ahogos con los miles de duros que ese día dejan en el pueblo los forasteros. A ver si con esos recursos nos desahogamos un poco los vecinos y el ayuntamiento puede limpiar ese condenado de río, que nos está asesinando, y enderezar ese maldito pleito con los de Biergol, que está arruinando a San Bernabé.

- XIV -

Librodot

El gran día, el día de San Bernabé se acercaba. Con quince de antelación se reunieron todos los vecinos de la aldea, según costumbre, para acordar los festejos con que se había de obsequiar a los forasteros.

En esta junta o concejo había aquel año una novedad, y era la de no asistir a ella el señor cura, como había asistido todos los años.

Uno de los vecinos tomó la palabra y dijo:

-Señores, no me gusta hablar mal de nadie, y mucho menos del que no está presente, y menos aún del que gasta corona; pero no puedo menos de proponer un voto de censura al señor cura por su falta de asistencia a una reunión tan importante como ésta, falta que este año es más censurable que nunca, porque hasta indica poca caridad, hallándose el pueblo en la desgraciada situación en que se halla.

-Abundo en esas mismas ideas, respondió el mayordomo del santo, que lo era el descendiente del primer poblador de San Bernabé. Es verdad que al señor cura no se le ha avisado este año por causas que todo el mundo sabe...

-Que diga el señor mayordomo qué causas son esas, porque aquí hay que hablar muy claro, pese a quien pese y caiga quien caiga, exclamó otro vecino dando grandes muestras de irritación.

-Pues bien, respondió el mayordomo, las diré, aunque nadie me ha de dar dos cuartos por la noticia. Aquí hay que tratar, aunque sea incidentalmente, de los forasteros, y quizá, y sin quizá, hablando mal de ellos, y hubiera sido poco delicado y generoso el haber citado para esta reunión al señor cura, que tanta afición les tiene.

-A propósito del señor cura, añadió el vecino que había dicho que era menester hablar muy claro, tengo que poner en conocimiento del concejo una cosa que me tiene indignado: el señor cura, no contento con insultarnos hasta en la iglesia misma, añadiendo letras al nombre del santo apóstol, ha enseñado a su loro a burlarse de nosotros, pues el avechucho se permite balar desde el balcón.

Gritos de rabia y miradas amenazadoras, dirigidas hacia casa del señor cura, con acompañamiento de puños cerrados, acogieron esta declaración.

-Señores, dijo con timidez el sacristán, no llevemos tan lejos la desconfianza. El señor cura no tiene la culpa de que su loro bale. Como en verano duermen las ovejas al fresco en el redil que se pone delante de la casa del señor cura y no paran de balar hasta por la mañana, en que después de ordeñarlas se las junta con las crías, el loro ha aprendido por sí solo a imitar sus balidos.

Esta aclaración encontró algunos incrédulos; pero medio creída por la mayoría del vecindario, se dejó en paz al señor cura y se pasó a tratar de las funciones que aquel año se habían de disponer para el día de San Bernabé, y después de mucho hablar, mucho discurrir y mucho divagar, se convino en que las funciones se redujeran a la de iglesia con sermón que por buenas o por malas echaría el señor cura, y al disparo, por la tarde, desde el balcón del señor mayordomo, de cinco o seis docenas de cohetes, y por la noche, de una rueda de fuego, porque en la depositaría municipal no había dinero ni el pueblo tenía de donde sacarlo.

-Pero, señores, observó uno de los vecinos, si no hay más diversiones que esas, ¿qué van a decir los forasteros, acostumbrados como están a que los divirtamos tanto el día del Apóstol? Añadamos siquiera un par de buenos novillos.

-Sí, sí; yo estoy por un par de novillos de los más bravos, -asintió el vecino que quería se dijese todo, pesara a quien pesara y cayera quien cayera; pero ha de ser con una condición, y es la de que no se suelten hasta después de haber metido en el coso a todos los biergoleses que hayan venido a la fiesta.

El concejo no estaba para risas, pero aun así rió al oír esta proposición, y no faltó pedazo de animal que la tomó por lo serio. Convínose en añadir al programa el par de novillos, y el concejo se disolvió en seguida.

- XV -

Llegó la víspera de San Bernabé con tiempo inmejorable aunque algo ventoso. El campo de la iglesia se llenó de puestos y figones, cada casa se convirtió en una fonda y toda la noche se pasó matando y desollando reses.
La taberna del concejo estaba provista de más de cien pellejos de vino riojano, y en todas las casas se puso ramo de laurel fresco anunciando el sabrosillo zumo de la uva sambernabesa.
En cuanto a la función de iglesia, el señor cura había prometido hacer todo lo que estuviese de su parte para que fuese lo más lucida posible, y había arreglado y estudiado un panegírico del santo que creía había de producir muy buen efecto, particularmente la invocación o apóstrofe final dirigido al santo titular pidiéndole que viera el estado en que se hallaba el pueblo que se honraba con su santo nombre e intercediera con el Señor para que mejorara su triste situación. Pobres eran las diversiones dispuestas para el día siguiente; pero aun así los chicos y aun los grandes se regocijaban pensando en los novillos, y sobre todo en los cohetes y la rueda de fuego que desde la calle veían puestos en el balcón del mayordomo, donde éste los había colocado pomposamente para que el público pudiera contemplarlos.
Amaneció por fin el tan deseado día y los sambernabeses dirigieron la vista hacia Ayala, hacia las Encartaciones, hacia la Peña, hacia Bortedo, hacia todas partes esperando ver asomar aquella infinita muchedumbre de romeros que en tal día y a tal hora se dirigía otros años hacia San Bernabé; pero con gran sorpresa y dolor sólo descubrieron alguna que otra persona, y entre ellas media docena de escopeteros que el alcalde mayor del valle de Mena enviaba para mantener el orden, que temía se turbase con motivo de las bromas y cuestiones que mediaban entre los sambernabeses y los vecinos de los lugares inmediatos.
Esta falta de forasteros tenía una esplicación al alcance del menos perspicaz: sabíase en todas partes que las calenturas y la discordia reinaban en San Bernabé, y se sabía también que los sambernabeses habían acordado reducir poco menos que a nada las funciones.
Había además otro motivo para que estuviese desanimadísima la fiesta de San Bernabé. Los de Biergol, deseosos de cumplir sus promesas de mandar decir y oír misas en el altar del Apóstol sin necesidad de ir para ello al pueblo que tal ojeriza les tenía, habían erigido una ermita al mismo santo en un llano de su jurisdicción, donde todavía existe y es muy venerada.
Más aún habían hecho los biergoleses, y es probable que en ello se mezclase lo profano con lo piadoso: habían anunciado por edictos fijados en todos los pueblos de aquellas comarcas la erección de su ermita a San Bernabé, añadiendo que se abriría al culto solemnemente el día del santo, y en celebridad de tan fausto suceso habría grandes festejos, entre ellos corrida de toros y fuente de vino.
Nada de esto sabían los obcecados y presuntuosos sambernabeses, y si sabían algo creían que se iban a llevar chasco los biergoleses, pues ¡qué forastero había de hacer caso de un San Bernabé hecho como quien dice el día anterior del primer zoquete de encina que los biergoleses habían encontrado a mano!
La hora de la función de iglesia se acercaba, y apenas llegaban a doscientos los forasteros, con la particularidad de no hallarse entre ellos ninguno de Biergol. Tan inesperada falta de concurrencia a la romería tenía desesperados a los sambernabeses, desesperación que se aumentaba con las noticias que se iban recibiendo de que por todas partes se dirigía gente hacia Biergol.

Librodot

Entonces empezó a correr el sordo rumor de que en todo aquello andaba la mano oculta del señor cura, y hasta se llevó la suspicacia y la malignidad al punto de sospechar si el señor cura habría cambiado la imagen del Apóstol dándosela a los de Biergol y sustituyéndola con la que habían hecho de una encina cualquiera los biergoleses.
El disgusto era tanto mayor cuanto que no cesaban en la calzada que atravesaba los encinares los provocativos balidos de las gentes que iban hacia Biergol, y un incidente que ocurrió poco antes de empezar la misa vino a envenenar más y más los ánimos: algunos de los pocos forasteros que habían venido de lejos, habían almorzado fuerte apenas llegaron, y, como respondiendo a los balidos que oían en la calzada del encinar, se pusieron a balar desesperadamente en el campo de la iglesia, por lo que entre ellos y los del pueblo se armó una paluquina de mil demonios que con dificultad consiguieron contener los escopeteros.

- XV -

Por fin, empezó la función de iglesia, llenándose ésta de gente. Como la iglesia era pequeña, todos los años se decía la misa mayor en un altar con la venerada imagen del Apóstol, que se colocaba en el pórtico para que desde el campo pudiera la muchedumbre asistir al santo sacrificio; pero entonces no creyó el señor cura que había necesidad de celebrar fuera, por más que la gente estuviese dentro un poco apretada. La procesión al rededor de la iglesia fue solemne y tranquila, si bien el viento del Sur, que soplaba desde la noche anterior bastante recio, apagó todas las hachas y faltó poco para que derribase imagen y estandarte. Hubiera sido lástima tener que celebrar la misa en el pórtico, porque con aquel airejón no hubiera podido lucir la iluminación del altar, que dentro estaba como una ascua de oro con la infinidad de luces que en él ardían.
Empezó la misa, y después del Evangelio, el señor cura subió al púlpito y comenzó el panegírico del santo.
Apenas había dado principio a su oración, se manifestaron, con escándalo de todas las personas sensatas y piadosas, las brutales prevenciones que los sambernabeses abrigaban contra su candoroso párroco, pues no nombraba este una sola vez a San Bernabé sin que estallasen murmullos de descontento, creyendo el obcecado vecindario que el sacerdote prolongaba intencionalmente la última sílaba del nombre del santo.
Dolorosamente afectado el señor cura con la obcecación e injusticia de sus feligreses, abrevió cuanto pudo el sermón y se volvió hacia el
Apóstol para dirigirle el piadoso apóstrofe que había preparado cuidadosamente y esperaba había de producir saludabilísimo efecto, así en el santo como en el vecindario.
-Santo y glorioso Apóstol, exclamó, ve, ve...
Salvajes gritos de ira interrumpieron al predicador, que no pudo completar la frase de «ve, ve el tristísimo estado en que se halla el pueblo que patrocinas!»
-¡Matarle! ¡Matarle! ¡Que muera! gritaban hombres y mujeres promoviendo un tumulto espantoso.
Dos de los más furiosos y desatentados se lanzaron al pie del púlpito, que estaba sostenido casi sólo por una esbelta columna de piedra, y abrazándose a la columna, la sacaron de su base y derribaron el púlpito con el predicador, que fue a dar contra un pilar de la iglesia, donde se deshizo la cabeza.
Como la confusión y el desorden crecían cada vez más, muchas personas se subieron sobre los altares esperando librarse así de morir ahogadas o aplastadas.
Los que habían subido al altar mayor derribaron algunas velas de las muchas que ardían allí, y prendiéndose una cortina, el fuego se estendió rápidamente por el retablo, que estaba como yesca por su mucha antigüedad, y trepando al techo, que era de madera laboreada, se estendió

con la velocidad del relámpago por todo el templo, avivado por el viento Sur que entró de repente por las puertas principal y laterales, que abrió de par en par la muchedumbre para lanzarse fuera de la iglesia.

La gente, atemorizada, huía, y los escopeteros pugnaban por apoderarse de los principales promovedores de aquel terrible tumulto, y particularmente de los asesinos del párroco.

Algunos de los perseguidos se refugiaron en casa del mayordomo, que era la más sólida del lugar, y cerrando tras si la puerta, empezaron a hostilizar desde el balcón y las ventanas a los escopeteros que querían forzar la entrada.

Muebles y cacharros y hasta agua hirviendo caían sobre los escopeteros desde el balcón. Entonces los escopeteros hicieron fuego a los que desde el balcón les hostilizaban, y los cohetes y la rueda de fuego, que estaban allí, se inflamaron; el fuego se comunicó al cortinaje interior del balcón, y pronto la casa se vio envuelta por las llamas, que, impulsadas por el viento, fueron apoderándose de las demás de la única calle que constituía casi toda la aldea.

Algunos vecinos y forasteros hicieron desesperados esfuerzos por salvar de las llamas, así el templo como las casas, pero todo fue inútil: ¡pocas horas después, de la hermosa aldea de San Bernabé sólo quedaban montones de escombros, que atestiguaban a dónde puede conducir, así a los individuos como a los pueblos, el primer pecado!

FIN DE LAS NARRACIONES POPULARES.

Librodot